



ESTRUCTURA SOCIAL EN 1984:
JUSTICIA, PODER Y DISIDENCIA,
UNA LECTURA DESDE LA FILOSOFÍA POLÍTICA



Trabajo elaborado por María Isabel Cobo Duque
(código 1325524) como requisito parcial para optar
al título de Licenciada en Literatura.

Orientada por Gustavo Adolfo Aragón H.

LICENCIATURA EN LITERATURA
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DEL VALLE
Santiago de Cali, Diciembre de 2017

RESUMEN

El presente estudio corresponde a una monografía de tipo investigativa, que por medio de la relación interdisciplinar entre la literatura y la filosofía pretende responder a los interrogantes políticos que plantea la novela *1984* (1949) de George Orwell desde su misma estructura argumental. Esto, partiendo de la idea generalizada que persiste sobre las injusticias presentes en la obra y atendiendo así mismo el concepto erróneo que se tiene a cerca del género distópico como una antítesis de la utopía.

Con el objetivo de resolver los asuntos mencionados, se toma como apoyo teórico algunos postulados de la filosofía política que delimitan los elementos de la justicia y del poder así como las posibilidades de disidencia: *Teoría de la justicia* (1971) y *Liberalismo político* (1993) de John Rawls, *Leviatán* (1651) de Thomas Hobbes, y *Desobediencia civil* (1849) de Henry David Thoreau. Así, se presenta un contraste entre la novela de Orwell y las nociones que los filósofos nombrados establecen a cerca de los tres tópicos rastreados. Ello con el fin de determinar las formas de justicia presentadas en la obra de acuerdo con la visión de Rawls, así como las herramientas del poder que se ejerce dentro de la misma, siguiendo a Hobbes, y la manifestación del disidente teniendo en cuenta lo planteado por Rawls y Thoreau al respecto. Esta lectura pretende establecer tanto conexiones como disonancias entre las teorías filosófico políticas comúnmente aplicadas a contextos verídicos y la ficción distópica, que logren ampliar la recepción que el lector pueda tener de la obra, así como motivar la reflexión política sobre la realidad a partir de la novela.

Palabras clave: George Orwell, filosofía política, John Rawls, Thomas Hobbes, *Leviatán*, contrato social, ciudadano, poder, justicia, disidencia, rechazo de conciencia, literatura, *1984*, distopía, Ciencia Ficción, Winston Smith, Hermano Mayor.

ABSTRACT

The present study corresponds to an investigative monograph, that through the interdisciplinary relationship between the literature and philosophy, it pretends to answer the political queries that is laid out by the novel *1984* (1949) by George Orwell from his own argumental structure. This, starting from the generalized idea that persists over the present injustices in his work, and attending to the erroneous concept that the dystopian genre is an antithesis of a utopia.

With the objective to resolve the mentioned issues, a theoretical underpinning is used through some politic philosophical postulates that delimits the elements of justice, power as well as the dissidence possibilities: *Theory of Justice* (1971) and *Political Liberalism* (1993) by John Rawls, *Leviathan* (1651) by Thomas Hobbes and *Civil Disobedience* (1849) by Henry David Thoreau. This way, it is presented a contrast between Orwell's novel and the notion that the named philosophers establish about the three trailing topics, with the purpose of determining the ways of justice presented in the work according to the Rawls' vision, like the tools of power that are conducted in it self, following Hobbes and the manifestation of the dissident keeping in mind what was established by Rawls and Thoreau on the subject.

This reading pretends to establish connections and dissonances between politically philosophical theories commonly applied to truthful contexts and the dystopian fiction, that pursue the reception that the reader can have on the work, like motivating the political reflection about reality from the novel.

Key words: George Orwell, political philosophy, John Rawls, Thomas Hobbes, *Leviathan*, social contract, citizen, power, justice, dissidence, rejection of the conscience, literature, *1984*, dystopian, Science Fiction, Winston Smith, Big Brother.

TABLA DE CONTENIDO

	Página
INTRODUCCIÓN	6
1 CAPÍTULO I: Qué es una distopía y por qué 1984 es una	10
1.1 Personalidad literaria de George Orwell	10
1.2 Las distopías en el contexto de la <i>Ciencia Ficción</i>	13
1.3 <i>1984</i> , una distopía admonitoria	24
2 CAPÍTULO II: Práctica de la justicia en 1984, un diálogo con Rawls	28
2.1 <i>Socing</i>	29
2.2 Identidad y conflicto de intereses	30
2.2.1 Identidad de intereses	33
2.2.2 Conflicto de intereses	34
2.3 Regulación eficaz	35
2.3.1 Instituciones sociales	35
2.3.2 Eficacia fisurada	39
3 CAPÍTULO III: Morfología del poder, una lectura desde Hobbes	44
3.1 Nominalismo: Neolengua como herramienta de Poder	45
3.1.1 Precedentes de la neolengua	52
3.2 De los seres humanos: El ciudadano de <i>Oceanía</i> y su libertad	54
3.2.1 Delegación de poderes	55
3.2.2 Objeto de deseo	60
3.3 De los monstruos artificiales: La vida bajo la sombra del <i>Partido</i>	65
3.3.1 Cómo nace el poder absoluto	68
3.3.2 Anatomía del poder	70
3.3.3 Los derechos del soberano y los peligros del absolutismo	73
4 CAPÍTULO IV: Disidencia, Winston frente a Rawls y Thoreau	78
4.1 Disidencia rawlsiana	78
4.1.1 Persona política y cultura pública	79
4.1.2 Giro de la justicia	84
4.2 Desobediencia civil y rechazo de conciencia.	90
4.2.1 Definición y posibilidades de desobediencia en Rawls	90
4.2.2 Rechazo de conciencia	93
4.3 Disidencia thoreausiana	96
5 CONCLUSIONES.	102
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.	105

TABLAS Y FIGURAS

v

	Página
Figura 1. Mediación del lenguaje.....	50
Tabla 1. Derechos del soberano en 1984	75

INTRODUCCIÓN

Era un fantasma solitario pronunciando una verdad que nadie oiría. Pero mientras la pronunciara, la continuidad no se interrumpiría. El legado de la humanidad se transmitía no haciéndose oír, sino conservando la cordura. – 1984, George Orwell.

El objeto de esta monografía es hacer una lectura de la realidad a partir de la ficción, entendiendo la literatura – en cuanto que arte- como reflejo y efecto inmediato del contexto social y momento histórico en el que germina. Así mismo, implementar la filosofía política como herramienta de análisis aplicable no sólo a contextos verídicos, también a las sociedades irreales pero verosímiles o plausibles que la literatura nos propone. De este modo, pretendo utilizar algunos postulados de John Rawls, Thomas Hobbes y Henry D. Thoreau, con el fin de analizar la sociedad orwelliana presentada en la novela *1984* como advertencia que el escritor legó a una humanidad cada vez más proclive a la enajenación y la ceguera colectiva. Esencialmente, rastrearé tres isotopías presentes en la novela bajo la luz de los dos filósofos, a saber: poder, justicia y disidencia.

La novela de Orwell hace parte de lo que la teoría literaria denomina narrativas distópicas, una variable de la *Ciencia Ficción*. En ellas se construyen sociedades ficticias regidas por leyes y gobiernos antiéticos –desde la perspectiva del lector- con una marcada tendencia al control ideológico logrado a través de la manipulación mediática y el miedo como máxima herramienta de coerción. Esta estructura social es fundamentada y justificada como respuesta a una serie de guerras o revoluciones que tienen lugar en el momento histórico que antecede la historia narrada. De este modo, los ciudadanos creen en este orden como la me-

jor de las opciones y desarrollan una suerte de adoración hacia el gobierno y sus cabezas, obnubilando así su sentido crítico y convirtiéndose en poco más que peones de una organización social abusiva y demencial.

Una de las obras más sustanciales de este género es la novela *1984* (1949) de George Orwell. Es probablemente la más radical de todas pues el totalitarismo planteado llega a absorber de tal manera la libertad y autonomía ideológica del individuo que logra establecer una escisión respecto a las demás obras, en la cuales, si bien los resultados son equivalentes, se logran por medios más persuasivos.

Con el propósito de esclarecer el papel de la justicia en *1984* realizaré un contraste entre las concepciones rawlsianas expuestas en *Teoría de la justicia* (1971) y los hechos presentados en la ficción de Orwell. Para ello abordaré tópicos como *instituciones sociales, identidad y conflicto de intereses y regulación eficaz*.

Con base en el *Leviatán* (1651) de Thomas Hobbes propongo como segundo asunto a contrastar, la concepción de *poder* en la obra de Hobbes y su práctica en *1984*. Tanto el poder como sus manifestaciones son asunto central en la obra de Orwell. Basado en una estructura social delimitada y eficaz impuesta por el *Partido*, este autor entra a desarrollar los otros componentes de la novela – tales como la libertad, la justicia, la disidencia, entre otros – que sin haber fijado inicialmente la capacidad de poder y mando del *Partido* no tendrían validez alguna.

A partir de esta idea base, rastrearé también los conceptos que se desprenden del poder hobbesiano y refuerzan el mismo: dignidad, honor, obediencia y reputación, al ser nociones

que marcan la relación entre Estado y sujeto civil, sin perder nunca de vista el poder como pilar de ellas.

Por su parte, John Rawls en el libro *Liberalismo político* (1993), expone su visión de la dimensión contractual de la justicia. El filósofo piensa al ser humano desde su contexto social específico, de acuerdo con la *cultura pública* establecida y aceptada unánimemente para dar cabida a la *persona política*, es decir, quien autónomamente adhiere las normas de las instituciones públicas de orden.

De acuerdo con esta línea de pensamiento rawlsiano, propongo una lectura contractual de la población de *Oceanía*, es decir, sondear el modelo de *persona política* presentado por Orwell, así como los argumentos de la *cultura pública* en la que esta comunidad halla su base y por la cual guían su conducta. Esto, para dar sustento al tercer tópico que deseo investigar: el papel del ciudadano como disidente.

Para tales efectos, además de la concepción contractual del *Liberalismo político* (1993), recurriré al concepto de *desobediencia civil* expuesto por Rawls en su *Teoría de la justicia* (1971), con el fin de analizar el papel de Winston Smith como disidente, al ser consciente de las fallas en el sistema e intentar dar una resolución al desequilibrio que en él halla. Rawls, con base en su noción de *desobediencia civil* nos presenta la situación ideal para el surgimiento de la disidencia, así como el tratamiento adecuado que a esta debe dársele; considerando la inconformidad como herramienta para el constante desarrollo y mejora de una sociedad que se acepta susceptible al error, así como se muestra abierta al cambio en pos del progreso. Se estudiará entonces, si este tratamiento cabe dentro del imaginario orwelliano y hasta donde llegan las restricciones en el orden social de *Oceanía*.

Paralelo a ello, se estudiará la noción de disidencia en Rawls frente a la planteada por Thoreau en su *Desobediencia civil* (1848) y de acuerdo con lo que tal contraste concluya, se podrá determinar qué forma de disidencia es la adecuada para leer la manifestación del protagonista de la novela.

CAPÍTULO I

Qué es una distopía y por qué *1984* es una

1.1 Personalidad política y literaria de George Orwell

Eric Arthur Blair (Motihari, 25 de junio de 1903, Londres, 21 de enero de 1950), mejor conocido por el seudónimo George Orwell, fue un periodista y novelista inglés quien tras haber presenciado la lucha de clases en Inglaterra y Francia, así como haber militado en la Guerra Civil Española, dedicó gran parte de su vida a la lucha ideológica en contra del imperialismo británico y del totalitarismo, por medio de la defensa del socialismo democrático.

Su desempeño como ensayista le valió el reconocimiento aún vigente como uno de los escritores más prolijos del siglo XX, sin embargo, fueron sus dos novelas cumbre las que lo convertirían en un escritor de culto, cuya obra no deja de retratar cuestiones políticas actuales y de la que aún queda mucho que analizar para repensarse el momento social que aún atravesamos. Estas obras son pues, *Animal Farm* (1945) y *1984* (1949), en la primera se propone una sociedad regida por animales parlantes, pensantes y con capacidad de trabajo cooperativo y gobierno; es precisamente al descubrir y ejercitar estas habilidades cuando germina en ellos la avaricia, la envidia, la vanidad y lo que Sartre llamaría *pleonexia*, es decir, un implacable deseo de tener más: más poder, más dominio, más dinero, más súbditos. De esta manera, la granja que en principio decide emanciparse de sus amos motivados por la sensación de injusticia e inequidad, termina reproduciendo los mismos moldes de quienes señalaban.

Animal Farm, su primera novela, ya deja ver ciertos rasgos característicos del autor que no quedarán ahí; pues resulta complementaria con *1984*, dos obras indivisibles para comprender el verdadero pensamiento político y legado de Orwell. Antes de ampliar sobre *1984* reparemos en el prólogo de *Animal Farm*, titulado *Libertad de prensa*, que se encontraría 20 años después de la muerte del autor:

Ahora me doy cuenta de cuán peligroso puede ser el publicarlo en estos momentos porque, si la fábula estuviera dedicada a todos los dictadores y a todas las dictaduras en general, su publicación no estaría mal vista, pero la trama sigue tan fielmente el curso histórico de la Rusia de los Soviets y de sus dos dictadores que sólo puede aplicarse a aquel país, con exclusión de cualquier otro régimen dictatorial. Y otra cosa: sería menos ofensiva si la casta dominante que aparece en la fábula no fuera la de los cerdos. Creo que la elección de estos animales puede ser un poco ofensiva y de modo especial para quienes sean un poco susceptibles, como es el caso de los rusos (Orwell, 1945, 17).

El anterior es un extracto de una carta de su editor, que Orwell trae a colación en su prólogo póstumo. En él se evidencia la intencionalidad política del escritor, más allá de la estructura de la novela, en el bautismo y caracterización de los protagonistas, a partir del cual la alegoría reviste matices de sátira hacia el stalinismo:

Stalin es representado por Napoleón, el líder en apariencia bondadoso y visionario quien, a partir del progreso inicial, expulsa a *Snowball* (Trotsky) de la granja e implementa medidas cada vez más abusivas con los animales súbditos. Por su parte, Manor, retrata a Lenin, la cabeza pensante y crítica de la manada. Boxer, el caballo aconductado a trabajar más para ser lo que sus líderes esperan de él, representa el proletariado en general; las gallinas y las ovejas serían la masa que repite sin cesar y sin analizar cada palabra proferida por Napoleón. Frederick, el humano, representaría a Hitler, quien trató de conciliar un pacto con la URSS, mientras el señor Pinkilngton encarna a Winston Churchill.

De esta manera, podemos constatar la temprana influencia de la visión personal en la obra de Orwell, quien no duda en permear el ancho de esta con sus concepciones sociopolíticas en los 19 trabajos publicados que la componen hasta llegar a su trabajo cumbre, *1984*, fruto de toda una vida de escritura política. En el artículo *Why I write*, publicado en el 1946, cuatro años antes de su muerte, Orwell deja precedente de ello en sus propias palabras:

Animal Farm was the first book in which I tried, with full consciousness of what I was doing, to fuse political purpose and artistic purpose into one whole. I have not written a novel for seven years, but I hope to write another fairly soon. It is bound to be a failure, every book is a failure, but I do know with some clarity what kind of book I want to write¹ (Orwell, 1946)².

No cabe duda que la obra en gestación se trataba de la alabada, aunque controversial, *1984*, en la que una alegoría similar a la planteada en *Animal Farm* toma lugar, esta vez siendo mucho más directo al evitar trasfigurar los protagonistas como lo haría anteriormente. En lugar de cerdos, tenemos ahora hombres avaros hasta límites demenciales, vestidos de ovejas, es decir, redimidos bajo la apariencia de los salvadores de la patria; éstos son, los jefes del *Partido* y a su cabeza el temible *Hermano Mayor*, con quien esta vez Orwell no da rodeos para caracterizarlo físicamente desde la segunda página como la versión omnipresente de Stalin. De igual manera que logra hacerlo con Trotsky a través de la figura de Goldstein, eterno enemigo del *Partido*. Resulta entonces loable la pericia literaria con la que el escritor logra en su primera obra caricaturizar a los mismos personajes históricos que años después volverían a su pluma en su forma más humana.

¹ Rebelión en la granja fue el primer libro en que intenté con absoluta conciencia de lo que hacía, fusionar en conjunto la intención política y artística. Hace siete años no escribo una novela, aunque espero hacerlo muy pronto. Sé que seguramente será un fracaso, como todos los libros, pero sé con claridad qué tipo de libro quiero escribir.

² Rescatado de: http://www.orwell.ru/library/essays/wiw/english/e_wiw

Temprano entendió Orwell que la izquierda también se corrompe, y en medio de la decepción que debió causarle esta realidad tras años de lucha ciega, decidió oponerse también a ella por medio de su espíritu creador. Comprendió entonces que al *Partido* Laborista Británico lo aquejaba el mismo mal del *Partido* Comunista de Stalin, al ser movimientos que aseguraban la lucha por las clases trabajadoras y en oposición declarada contra el capitalismo; la verdad es que tanta lucha social no era más que una fachada ganar adeptos y así asegurar la continuidad en el poder. La historia no era nueva, tantas veces se había repetido y hoy, 70 años después, sigue sucediendo a nuestros ojos.

Comprendió que (...) la deriva hacia el fascismo no había desaparecido y que, probablemente, aún no hubiese adoptado su verdadera forma: la corrupción del espíritu y la irresistible adicción humana al poder hacía mucho que eran aspectos bien conocidos del Tercer Reich, la Rusia estalinista e incluso el *Partido* laborista británico, como si fuesen el borrador de un terrible futuro (Thomas Pynchon en epílogo de *1984*, 2015, 340).

Fue entonces cuando Orwell pudo ver claramente a las masas como una aglomeración de almas incautas gritando arengas crédulas sin detenerse a analizar por un segundo acerca de quién las domina y con qué fin. Es esa la isotopía base en *Animal Farm* y *1984*: ambas sociedades ficticias parten de la obnubilación del pueblo (ovejas y gallinas en la primera, *Oceanía* en la segunda) como carne de cañón para lograr el macabro fin de la permanencia del poder, a costa de lo que sea, incluso de llegar a creer que 2+2 es igual a 5.

1.2 Las distopías en el contexto de la *Ciencia Ficción*

El subgénero distópico se enmarca en el género literario conocido como *Ciencia Ficción*. Para comprender de manera global el concepto de distopía aludiré primero los ma-

cro temas en los que se encuentra contenido el género de interés de la presente monografía. Siguiendo tal propósito, se definirá inicialmente el término *Ficción* dentro de la literatura.

La acepción que la Real Academia de la Lengua Española otorga al concepto artístico de *ficción*, se remite a una “clase de obras literarias o cinematográficas, generalmente narrativas, que tratan sucesos y personajes imaginarios”. Es decir, todo producto literario que narre situaciones no verídicas, fruto de la invención del artista. Tal material, claro está, puede estar basado en hechos comprobables y/o históricos así como personajes y lugares reales.

Sin embargo, en el campo literario, es sabido que cualquier nimia variación de los hechos (nombres, orden de los sucesos, fechas, etc) determina inmediatamente el cambio de una narración realista a una ficción (es el caso de las autobiografías, por ejemplo). Entenderemos pues que, a pesar de que una historia encuentre su inspiración en la realidad, al tomar forma por medio de la pluma del artista, inevitablemente se transforma en una ficción especulativa. Entre otras razones, porque es prácticamente imposible que cada detalle configurado en aras de la estética verbal sea 100% verificable. Así, uno de los factores que define a la literatura como un hecho ficcional es su capacidad de mimetizar (en el sentido platónico) la realidad.

Ahora bien, siguiendo la *Teoría de los mundos posibles* planteada por Dolezel, comprendemos que toda ficción establece una alteridad con el mundo real, es decir, dista de él por su misma naturaleza, ya sea ésta escrita, audible o visual. En breve, la traducción del mundo perceptible a un formato que dependa de la imaginación, limita la lectura de tal como una ficción, es decir, una historia inverosímil, aunque optativamente cercana a la realidad.

De acuerdo con esto, dentro de la narración ficcional se reconocen dos variantes ante las que todo lector se encuentra frecuentemente: la ficción realista y la ficción fantástica. Comprendiendo la primera como toda aquella que tenga lugar en una diégesis idéntica o cercana al mundo real; es decir, sus leyes naturales, físicas y lógicas deben adaptarse a la experiencia humana verosímil. De esta manera se establece una línea narrativa posible, que pueda ser concebida por el lector y guarde una estrecha relación con su contexto real. Por su parte, la segunda vertiente de la ficción -denominada fantástica o especulativa – en contraste con la primera, propone una narración en la que se alteran las leyes naturales y humanas, llegando incluso a prescindir de estas con el objetivo de crear un mundo estrictamente posible dentro de los límites de la narración presentada.

Dentro de la clasificación atribuida a la literatura fantástica – sobre la que se centra la atención del presente estudio – se encuentran obras célebres variadas tanto en su estructura como en su época de creación como lo son: *Odisea*, *Eneida*, *El señor de los anillos* (1954), *Harry Potter* (1997), *La metamorfosis* (1915), *Cien años de soledad* (1967), *La llamada de Chtulhu* (1928), *El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde* (1886), entre tantas otras narraciones que dan cuenta de la pluralidad narrativa, creativa y diegética que llega a abarcar este género.

Tal diversidad ha sido tratada y clarificada por el teórico Tzvetan Todorov, quien determina que en la anchura de la literatura fantástica se halla:

- ***Lo extraño puro***: Narra hechos cognoscibles, que pueden hallar su explicación en la lógica humana; sin embargo, trata sucesos peculiares, singulares o extraños a pesar de contar con una solución racional. Esta solución no se encuentra implícita en el

texto, pues este sólo debe dar cuenta de algunos indicios que lleven al lector a resolver el misterio.

- ***Lo maravilloso puro***: Los hechos presentados, resultan impactantes y sobrenaturales para el lector, sin embargo, ante el personaje ficticio perteneciente a la obra narrada, estos son normales y naturales.
- ***Lo fantástico extraño***: Los elementos asombrosos del texto, encuentran finalmente una salida lógica. A diferencia de *lo extraño puro*, esta clasificación se caracteriza por contener la solución en el mismo texto, prescindiendo así de las conjeturas del lector.
- ***Lo fantástico maravilloso***: Es una variante de *lo extraño puro*, donde a diferencia de este, a pesar de existir una explicación, esta no resulta congruente con lógica humana. De esta manera, se establece una concatenación de causas, cada una más inexplicable que la anterior.

Como se puede constatar, Todorov agrupa las variaciones de la fantasía literaria en los dos grandes campos de lo extraño y lo maravilloso. A este respecto, cabe aclarar ambos conceptos en palabras del autor:

Lo maravilloso corresponde a un fenómeno desconocido, aún no visto, por venir: por consiguiente, a un futuro. En lo extraño, en cambio, lo inexplicable es reducido a hechos conocidos, a una experiencia previa, y, de esta suerte, al pasado. En cuanto a lo fantástico (entonces), la vacilación que lo caracteriza no puede, por cierto, situarse más que en el presente. (Todorov, 1981, 32).

Con esta definición, entre lo presente y lo desconocido, el autor se permite anunciar que dentro de cada rama se hallarán a su vez diferentes tópicos y estructuras que servirán de herramientas para lograr el mundo imaginado por el escritor.

Ya inscritos sobre la literatura fantástica y sus multifacéticas vertientes, podremos entonces enfocarnos en la facción del género a la que alude este estudio, la *Ciencia Ficción*. Esta, de acuerdo con la visión de Todorov, se situaría en lo *maravilloso puro*, donde lo hechos acontecidos en la narración por inverosímiles que resulten para el lector, hacen parte de la cotidianidad de los personajes creados. Entre tantos recursos con los que cuenta la *Ciencia Ficción* para poblar los mundos posibles, los más recurrentes son la vida extraterrestre, la tecnología hiperbolizada e improbable, los gadgets, robots y viajes espaciales. Se considera como pionera en el campo a Mary Shelley, autora de *Frankenstein*, obra que efectivamente sigue lo planteado por Todorov, haciendo verosímil para sus personajes la creación de la vida por medios científicos; a pesar de que la realidad del lector diste de ello.

Continuando con Todorov, tenemos la siguiente definición de la *Ciencia Ficción*: “Se trata de relatos en los que, a partir de premisas irracionales, los hechos se encadenan de manera perfectamente lógica. Poseen, asimismo, una estructura de la intriga, diferente de la del cuento fantástico” (Todorov, 1981, 42). Tal irracionalidad, inserta en lo *maravilloso puro*, por supuesto corresponde a una vista desde la perspectiva del lector, pues al ser parte de esta vertiente, resulta completamente lógica y natural para los personajes que conforman el relato.

Por su parte, Darko Suvin, reconocido teórico de la fantasía, define la *Ciencia Ficción* como:

Un género literario cuyas condiciones necesarias y suficientes son la presencia del extrañamiento y la cognición, y cuyo recurso formal más importante es un marco imaginativo distinto del ambiente empírico del autor (Suvin, 1984, 30)

Para comprender el concepto de Suvin, debemos remitirnos al *novum*, término empleado por el mismo para hacer referencia a un elemento o suceso de naturaleza imposible para el lector, que sin embargo existe o ha tenido lugar en la diégesis narrada. Este, puede ser un invento, un sistema, o un acontecimiento que sale de los límites naturales del mundo empírico y constituye por tanto, la piedra angular de la fantasía en relato en cuestión. Tal elemento, sugiere un rediseño de todas las concepciones de tiempo y espacio dentro de la historia referida; es decir, un replanteamiento del cronotopo. Como tal, el *novum* está presente en *1984*, más adelante nos referiremos a él con mayor profundidad.

Ya enmarcados en el género, entraremos a delimitar sus dos líneas principales, estas son: *SciFi Hard* (dura) y *SciFi Soft* (suave). La primera se dedica a la fidelidad científica, tratando cuestiones verosímiles en áreas como la tecnología, la biología o la física, con el mayor rigor posible. De este modo, la obra se extiende hacia una posibilidad bastante factible en el mundo empírico; un ejemplo es la saga *Fundación* de Isaac Asimov (1942). Por su parte, la *Soft* se centra mucho más en el campo literario, teniendo en cuenta que parte de las intenciones de este es la reflexión social que puede germinar a partir de la lectura; es así que esta rama tiende -en mayor medida que la *Hard*- a profundizar en campos como la psicología, la sociología y la política. Dos ejemplos de ella son *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury (1950) y el aquí tratado *1984* de Orwell (1949).

De acuerdo con lo anterior, el factor determinante entre ambas clasificaciones radica en la verosimilitud científica a partir de la cual se desarrolla la obra. Sin embargo, puede considerarse una novela como *Soft* a pesar de que entre sus elementos no se encuentre el componente científico, o este no exceda los límites de lo conocido. Es este el caso de *1984*, donde no se da cuenta de ningún desarrollo científico o tecnológico inviable en la realidad;

sin embargo su *novum* reside en la propuesta de organización social. Tal orden gubernamental se basa en un socialismo exacerbado e invasor, al que la sociedad ha logrado aco-gerse. Por tanto, *1984* entra en la clasificación Soft; sin embargo, a su vez se enmarca dentro de la variante distópica, que pasaremos a determinar a continuación. Antes de ello, cabe aclarar que no por esto toda distopía debe ser necesariamente considerada Soft como lo hace la ficción Orwelliana; pues bien puede presentar la verosimilitud científica del SciFi Soft, o tender hacia fines sociales e ideológicos, como se presenta en *1984*, e incluso, con- jugar ambos elementos.

Para aludir al concepto de distopía, partiré de lo planteado por Martorell en su tesis doctoral *Transformaciones de la utopía y la distopía en la postmodernidad* (2015), autor que esta monografía citará recurrentemente. Martorell se vale de la idea de *utopía* como noción fundamental para luego decantar hacia la distopía. Esta, pues:

(...) designa a los textos empleados en la composición deliberada de regímenes políticos imaginarios cuya perfección,alzada contra las bajas de los regímenes reales, ha abolido o menguado drásticamente las deficiencias humanas a todos los niveles. (...) la forma utópica presenta *ex profeso* un diagnóstico de la situación y una propuesta de cambio plenamente conscientes de sí. Sopesada a través de este nivel, la utopía moderna se identifica con un género literario de ficción especulativa que erige a la sociedad ideal —justa y feliz— como sujeto central de la trama. En torno a ella, orbitarán los múltiples personajes secundarios: la legislación, la sanidad, el arte, la pedagogía, el urbanismo, la economía o la demografía, entre otros muchos (Martorell, 2015, 39).

Encontramos entonces, que la utopía encarna la concepción idealista de una sociedad regida por preceptos éticos incluyentes y justos, en la que sus gobernantes pretenden por todos los medios el equilibrio de la comunidad, como factor principal que asegure la

cooperación mutua desde la esfera más amplia (política), hasta los ámbitos personales y familiares. De tal manera se establece una estructura social que garantice la plenitud de sus habitantes, claro está, de acuerdo con el concepto de felicidad aceptado unánimemente por estos. En la utopía tal sensación de felicidad es acorde a los deseos del hombre empírico, es decir del lector general, quien en la historia ofrecida halla la representación y ejecución del equilibrio con el que todo humano sueña.

Por su parte, la distopía, aunque se desprende de la ficción utópica, suele presentar un manejo social que dista del ideal de felicidad concebido por el lector. De modo que tales designios morales y gubernamentales podrían parecer ilógicos e injustos vistos desde la óptica del mundo cognoscible o real. Cabe entonces la pregunta de ¿por qué se considera la distopía como una variante de la utopía? Ante esta situación se debe tener en cuenta que en la distopía, el concepto de felicidad - fiel al campo ficcional - no reside en las expectativas del hombre empírico, es decir del lector. Dicho de otro modo, no se debe esperar que al personaje distópico le agraden o satisfagan las mismas situaciones que al lector podrían simpatizarle al cerrar el libro y enfrentarse a la realidad.

Llamamos distopía a un subgénero de la literatura de *Ciencia Ficción* que se caracteriza generalmente por describir el día a día de una sociedad (por lo general) futura, máximamente repulsiva en tanto que máximamente utópica, ergo racionalizada, centralizada y normalizada (Martorell, 2015, 90).

Imaginemos una historia en la que los humanos por razones biológicas o artificiales, no sientan la necesidad ni el deseo de dormir, de alimentarse o de copular; establecidas en la narración las razones por las cuales los hombres pueden prescindir de ello - e incluso, jamás haber llegado a sentir tales instintos – resulta lógico y admisible que la historia se desarrolle en pos de tal condicionamiento. Es entonces la distopía una variación utópica que

a diferencia de esta, no sigue los parámetros generales de la humanidad y frente a ello se toma la libertad de crear una naturaleza alterna. Y no por ello son infelices sus personajes, pues de conocer los deseos y costumbres humanas se verían tan o más incrédulos y contrariados como el lector ante la obra distópica, tal como se demuestra en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1932).

Si bien es factible en la distopía una sociedad con características similares a las expuestas en el anterior párrafo, el subgénero va más allá al presentarnos constantemente una alteridad no sólo física si no también lógica y política. De la misma manera que en el ejemplo se redefine el sexo, el hambre y la fatiga; la distopía se propone también una nueva concepción de lo justo, lo bueno, lo deseable, lo legal y lo normal.

Por lo referido, no sigo la idea de distopía como anti utopía pues, aunque a simple vista podría parecerlo, este orden narrativo en ningún punto deja de proponer una constitución social totalmente satisfactoria para la comunidad referida en la narración; y en ello nada incide la posible incomodidad que llegaría a experimentar el lector frente a tal escenario. Podría definir entonces la distopía como una utopía ajena a las nociones racionales del mundo empírico, que plantea una digresión moral como parte de su estructura, y como resultado de ello se halla la realización de los deseos particulares de la diégesis referida (o lo que la filosofía define como *vida buena*). Así, la distopía es una utopía que no pretende ficcionalizar a favor del mundo anhelado por el lector, pero sí el deseado por los personajes de la narración. En otras palabras, cada distopía es el mejor mundo posible para su contexto particular e imaginario.

El nacimiento del término deviene del filósofo utilitarista Stuart Mill, quien señala:

It is, perhaps, too complimentary to call them utopians, they ought rather to be called dys-topians, or caco- topians. What is commonly called Utopian is something too good to be practicable; but what they appear to favour is too bad to be practicable (Mill en Aldridge, 1984, *The Scientific World View in Dystopia*, 8).³

Si bien Mill merece el crédito del término, de acuerdo con lo propuesto en párrafos anteriores el autor aún sigue una idea básica del concepto distópico, pues su argumento de lo practicable bien puede desmentirse al considerar -como ya lo hemos hecho- la distopía bajo los preceptos morales de la misma narración, dentro de la que su práctica resulta absolutamente viable.

Sin embargo, la narración distópica no tendría ningún sentido si solamente plasmara una sociedad retorcida para el espectador a la vez que deseable para el personaje; pues de ser así no provocaría mucho más que la extrañeza sin llegar a proponer una reflexión sobre la condición humana, como toda obra literaria debe hacerlo. Es por ello que tal ejecución perfecta de la sociedad, sólo es señalada por un personaje particular que disientirá del orden establecido, este es entonces, a quien llamaremos disidente y sobre el que ampliaré en párrafos siguientes.

Volviendo a Mill, el modelo distópico no puede no resultar plausible ni mucho menos deseable para la conciencia del lector contemporáneo a la obra, sin embargo presenta una posible realidad futura para el mismo y en ello residen todos los propósitos de la distopía. Para entender esto, cabe preguntarse si la distopía propone situaciones practicable y satisfactorias sólo para sus personajes —configurándose así en utopía para estos y anti-

³ Es, tal vez, demasiado adulator llamarlas utópicas, deben ser llamadas distópicas, o cacotópicas. Lo que comunmente se llama utópico es algo bueno en la práctica; pero lo que estas parecen favorecer es demasiado malvado para ser practicable.

utopía para el lector-, ¿cuál es la razón que el escritor persigue al escribir una obra de este tipo, al ser absolutamente ajena al contexto verídico? La explicación subyace en el sentido amonestante y visionario del subgénero, es decir, el choque generado entre la realidad y la ficción indeseada como detonante de una profunda reflexión acerca del porvenir humano. Entendemos entonces, que la distopía no acaba simplemente en una propuesta ficcional sin más función que la inventiva. Constituye una advertencia sobre el camino que el hombre está labrando en el momento histórico de su publicación. Así, se ofrece por medio de esta narración, una visión admonitoria y plausible del mundo que conocemos.

A pesar de lo planteado sobre el equilibrio social de la narración distópica y en consecuencia, de la aceptación por parte de la comunidad representada, encontramos en ella siempre un sujeto que cuestiona el porqué de sus condiciones así como el concepto de lo justo y de la felicidad, un ser que ha nacido en tal entorno y ha crecido aceptando los métodos impuestos como parte del equilibrio. Por ejemplo: el consumo del *soma* en Huxley, la supervisión de las telepantallas y la neolengua en Orwell, la esclavización de la mujer vista únicamente como un instrumento de procreación en Atwood y la quema de libros en Bradbury.

Todas estas narraciones, tienen como protagonista al anteriormente referido disidente, un ser que se muestra conforme al inicio de la historia pero que empieza a presentar sentimientos de inconformidad e incredulidad ante los ojos del lector a medida que avanza la narración, para finalmente tomar decisiones drásticas y reprochables dentro de la obra, pero avaladas por el lector; pues es probablemente el único personaje con quien este logra identificarse al ver en él trazos de su propia humanidad, en contraste con la masa obnubilada que gira sin sentido alrededor del mismo.

El término distopía designa a las novelas que recogen la perspectiva de los disidentes que habitan en civilizaciones supuestamente ideales del porvenir. Esto implica que para merecer con pleno derecho el calificativo de distópica la novela aspirante debe plasmar de manera premeditada un juicio despectivo sobre la utopía relatada (Martorell, 2015, 90).

Este elemento, al ser el único anclaje a la realidad implícita del lector, es lo que termina de configurar la distopía como tal pues según lo anteriormente visto, sin el disidente, esta no podría considerarse más que una utopía al encarnar la realización de los deseos para la sociedad narrada. La distopía solo es tal ante los ojos del desertor y ante el lector. Por fuera de ello no deja de ser una sociedad justa dentro de sus propias delimitaciones, es decir, una utopía para una población particular e imaginada.

1.3 1984, una distopía admonitoria.

La diégesis de la novela se desarrolla en el estado de *Oceanía*, nación en permanente guerra con sus vecinas potencias, *Esteasia* y *Eurasia*. Este conflicto cambia de dirección constantemente de acuerdo con los intereses particulares del *Partido de Oceanía*. Tales sucesiones del objetivo bélico no son cuestionadas por los ciudadanos gracias al efectivo manejo de la información oficial llevado a cabo por el *Ministerio de la verdad*, entidad encargada de eliminar toda evidencia histórica de acuerdo con el relato oficial que se imponga en el momento, con tal efectividad que ni los mismos trabajadores del ministerio, encargados de obrar tal manipulación, conciben un espacio para la duda hacia la veracidad de la historia por ellos mismos creada. De este modo, se concibe la historia como “un palimpsesto, borrado y escrito tantas veces como fuese necesario” (Orwell, 2015, pag. 48).

Otros entes de control menos invasivos pero con idéntica fuerza en la conciencia colectiva son el *Hermano Mayor*, eterno vigilante y protector, y los lemas asociados al *Partido* que actúan como un credo para los ciudadanos: *La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza*.

De otro lado, el lenguaje constituye también una herramienta de control en la medida que se manipula y depura hasta reducirlo a su más mínima expresión, logrando a su vez comprimir también la capacidad analítica del sujeto. Este proceso se lleva a cabo bajo la instauración de la *Neolengua* como lenguaje oficial del *Partido* y sus adeptos.

- ¿No ves que el objetivo final de la *Neolengua* es reducir el alcance del pensamiento? Al final conseguiremos que el crimen del pensamiento sea literalmente imposible, porque no habrá palabras para expresarlo. Todos los conceptos necesarios se expresarán exactamente con una palabra cuyo significado estará rígidamente definido y cuyos significados subsidiarios se habrán borrado y olvidado (...) Cada año habrá menos palabras y el rango de conciencia será cada vez más pequeño (...) ¿Alguna vez te has parado a pensar que, en el año 2050, como muy tarde, no quedará con vida una sola persona capaz de entender una conversación como la que estamos teniendo ahora? (Orwell, 2015, 61).

A su vez, la *Neolengua* posibilita la tergiversación de información, haciendo más sencillo el proceso de alteración de la historia. La herramienta principal para llevar a cabo este proceso es el *doblepiensa*, método cognitivo que permite el control de la realidad al obligar al ciudadano a no permitirse a sí mismo recordar o pensar en algo que el *Partido* no avala.

Saber y no saber, tener plena conciencia de algo que sabes que es verdad y al mismo tiempo contar mentiras cuidadosamente elaboradas, mantener a la vez dos opiniones sabiendo que son contradictorias y creer en ambas, utilizar la lógica en contra de la lógica, repudiar la moralidad en nombre de la moralidad misma (Orwell, 2015, 43).

Todo lo anterior, vigilado por la *Policía del pensamiento*, entidad estatal encargada de regular la correcta sujeción a las normas no sólo en los actos y declaraciones de los ciudadanos de *Oceanía* sino también en sus gestos y en evidencias físicas como la sudoración, mirada, modo de caminar, etc. Bajo la más mínima sospecha que estos actos delaten, el posible traidor es acusado de *crimental* – es decir, aquel pensamiento que difiere del pensamiento del *Partido* o permite un espacio para la duda- e interrogado en el *Ministerio del amor* (encargado del castigo de los disidentes) hasta el extremo de los cruentos escarmientos infligidos en la *Habitación 101*. La privacidad no existe en 1984 pues es obligatorio contar con una *telepantalla* en cada hogar y establecimiento, desde la que el *Partido* observa cada movimiento diario de sus subordinados y da órdenes de cómo llevar a cabo las acciones más básicas y propias.

Estos mecanismos, junto a otras entidades como el *Ministerio de la abundancia* (ente racionador del bien común hasta austeros extremos justificados por la guerra), y el *Ministerio de Justicia*, así como las cámaras de vigilancia dentro de cada hogar; constituyen el cuerpo del control ideológico impuesto por el *Partido* hacia los habitantes de *Oceanía*.

El lector conoce este contexto de la mano de Winston Smith, protagonista de la obra, presentado como funcionario del *Ministerio de la Verdad*, labor que le permite desarrollar un sentido crítico de la situación de *Oceanía*, a la vez que lo retiene ideológicamente con sus fuertes lazos coercitivos. Esta contradicción de creencias lleva a Winston a indagar sobre la mítica *Hermanidad*, organización clandestina al margen del *Partido*, liderada por el gran rebelde: Goldstein. Acompañado de su amante, Julia, Winston Smith, nuestro protagonista, vivirá aventuras poco placenteras que lo llevarán a conocer las más oscuras verdades del *Partido* y las razones de la falsa guerra.

¿Cómo saber qué parte de aquello era verdad y qué parte era mentira? Tal vez fuese cierto que la media de la gente estuviese mejor ahora que antes de la Revolución. La única prueba de lo contrario era la muda protesta que notabas en tus propios huesos, la sensación instintiva de que las condiciones en que vivías eran intolerables y de que en algún otro momento debieron de ser diferentes. A Winston le sorprendía que lo verdaderamente característico de la vida moderna no fuese su crueldad e inseguridad, sino su vacuidad, su lobreguez y su apatía. La vida si mirabas a tu alrededor no se parecía a las mentiras que brotaban de las *telepantallas* ni a los ideales que estaba intentando imponer el *Partido* (Orwell, 2015, 83).

El autor logra a través de la obra no sólo expresar su punto de vista político sino también configurarla a modo de exhortación para sus lectores. A pesar de tratarse de una ficción, se trata de una obra inspirada en hechos verídicos de manipulación mediática y tergiversación de la verdad. Sobre la realidad, Orwell plantea su advertencia premonitoria haciendo uso la hipérbole con el fin de sentar precedentes para una sociedad futura que probablemente se asemeje a *Oceanía*.

Las dos obras más importantes de Orwell comparten una visión política idéntica, sin embargo *Granja animal* fue escrita para el momento que el autor vivió, mientras *1984* fue escrita pensando en un futuro no tan alejado de la realidad, con la esperanza de que los lectores aún por nacer, al encontrar su reflejo en la novela pudiesen identificar los síntomas de un gobierno tirano y luchasen por evitar su expansión. Sólo si tal propósito se cumple puede decirse con seguridad que los esfuerzos que Orwell hizo por terminar la novela en medio de una tuberculosis que lo llevaría a la muerte no fueron en vano.

CAPITULO II

Práctica de la justicia en 1984, un diálogo con Rawls

Con el fin de dilucidar la relevancia y pertinencia de un rastreo de la teoría de justicia rawlsiana en la sociedad planteada en la novela *1984* de George Orwell, iniciaré con un paneo de la estructura estatal de *Oceanía*, la potencia ficticia en que toman lugar los hechos de la historia narrada, así como de su naturaleza y sistemas de regulación. Frente a esto, expondré las consideraciones de Rawls en su *Teoría de la justicia* respecto al papel que la justicia debe desempeñar en una sociedad contractual con el ánimo de comprobar la plausibilidad de su aplicación al régimen establecido en *Oceanía*.

Teniendo presente la posibilidad que su teoría no sea aplicable a toda asociación no hay razón para suponer de antemano que los principios satisfactorios para la estructura básica sean válidos para todos los casos. Dada la posibilidad que estos principios no funcionen con las reglas y prácticas de asociaciones privadas (Rawls, 2004, 21), mi objetivo, entonces, es determinar si resulta plausible y pertinente una lectura filosófico-política de la novela de Orwell con base en las teorías de Rawls y Hobbes.

Se debe considerar, además, que el régimen planteado por Orwell en su distopía responde a un modelo estrictamente totalitarista, sin embargo, como plantearemos más adelante, el Estado –como casi todo en la novela- parte de un irónico desdoblamiento de sentido por el que todo el conjunto social pasa a contener un trasfondo totalmente contrario a lo expresado en documentos públicos. Este fenómeno es posible gracias a los múltiples eufemismos con los que se designan situaciones y acciones a conveniencia del *Partido*. En este

sentido, entro a defender la hipótesis de que los postulados rawlsianos, a pesar de ser pensados para una sociedad liberal, son compatibles con el sistema de *Oceanía*.

2.1 *Socing*

El superestado de *Oceanía* se rige bajo los estatutos de *Socing* (Socialismo Inglés) término aplicado al dogma que defiende al *Hermano Mayor* y sus reglamentos de control por medio del *Partido*. Este a su vez, se divide en el *Partido Interior* (cúspide del poder) y el *Partido Exterior* (facción ejecutiva). Quien se identifica con tal línea ideológica acepta de manera natural los mecanismos políticos impuestos por el *Partido*, como la vigilancia constante, el racionamiento de bienes públicos, el culto al *Hermano Mayor*, el odio a la disidencia -en especial a Goldstein, máximo traidor-, la represión sexual, el doblepiensa, la *Neolengua*, entre otros constructos sociales que conforman la identidad del *Socing*.

Desde el nacimiento todo ciudadano de *Oceanía* se educa de manera que no existe la mínima posibilidad de pensamiento contrario al *Socing*, y de haberla, se debe desechar por medio del doblepiensa, sistema cognitivo capaz de considerar dos ideas contrarias al tiempo con el fin de decantarse siempre por la indicada por el *Partido*. De no poder o querer hacerlo, el ciudadano es acusado de *Crimental*, como se le denomina al delito de pensamiento heterodoxo. Sin embargo, esta infracción capaz de llevar al traidor a la muerte no halla la base de su coerción en ningún código, pues en *Oceanía* no hay leyes: lo justo y lo injusto se encuentra determinado por el simple y brutal odio al que todo miembro de *Oceanía* se ve expuesto desde todas las prácticas sociales y que asimila y practica desde su infancia.

El odio como ley responde al ambiente bélico permanente instaurado a partir del conflicto entre *Oceanía* y *Eurasia* o *Esteasia*, según corresponda al momento. Esta constante

guerra garantiza el furor con el que los ciudadanos aceptarán sin ninguna objeción las medidas anteriormente nombradas, como el sacrificio que deben hacer por la consecución de los objetivos políticos del *Partido*. De esta guisa se practican rituales como los *Dos minutos de odio* diarios, ejercicio grupal que consiste en observar videgrabaciones del discurso de Goldstein en contra del *Hermano Mayor*, esta práctica desata un odio casi animal que se apodera de cada espectador durante dos minutos para darle paso finalmente a la figura del *Hermano Mayor* hacia quien automáticamente toda la ira contenida se transforma en admiración y credulidad.

Todos los actos que se esperan del individuo inserto en esta diégesis corresponden al respaldo del conflicto bélico de diferentes maneras, ya sea (i) demostrando absoluta confianza hacia el *Partido* y la figura del *Hermano Mayor*, (ii) aceptando la distribución de bienes establecida por el *Partido*, en pos de la financiación de la guerra, (iii) delatando a cualquier persona, incluso familiar, de quien se tenga sospechas de heterodoxia, (iv) depositando una fe absoluta en la verdad y la historia señalada por el *Partido* como correcta (v) haciendo uso del doblepiensa y de la *Neolengua* como herramientas para controlar sus propios pensamientos y encaminarlos hacia la ortodoxia del *Socing*.

2.2 Identidad y conflicto de intereses

A pesar de la ausencia de un sistema legislativo concreto en *Oceanía*, es innegable la existencia de un orden moral que lleva al individuo a actuar casi instintivamente frente a determinadas situaciones, por ejemplo, no existe ley alguna que reglamente la entrega de sospechosos, sin embargo, hasta los niños son capaces de entregar a sus padres ante el más pe-

queño indicio de peligro, acto que encarna una obligación para todo ciudadano. Bajo esta premisa me atrevo a argumentar la compatibilidad de *1984* con la teoría rawlsiana.

Lo que estaba a punto de hacer era empezar un diario. No es que fuese ilegal (nada lo era, porque ya no había leyes), pero en caso de que lo encontraran era casi seguro que lo condenarían a muerte, o al menos a veinticinco años en un campo de trabajos forzados (Orwell, 2015, 14)

Para sustentar el paralelo que sugiero entre la filosofía política de Rawls y el hecho anteriormente presentado de *1984*, debo remitirme a la concepción de sociedad de este filósofo:

Una sociedad es una asociación más o menos autosuficiente de personas que en sus relaciones reconocen ciertas reglas de conducta como obligatorias y que en su mayoría actúan de acuerdo a ellas (Rawls, 2004, 18)

Siguiendo la línea planteada por Rawls, encontramos una consonancia cuando se alude un conjunto de directrices actitudinales que se esperan de todo individuo inserto en cierta agrupación social. El primer acto de rebeldía de Winston Smith no es tal por ninguna ley radicada -como sucede en nuestra sociedad real- pues *Oceanía* no se gobierna más que por cierta razón universal que rige los pensamientos y actos de todos sus ciudadanos en función de sus deberes hacia la comunidad y su concepto de vida buena, que claro está, resulta estandarizado en el caso distópico y quien se atreve a diferir de este se convierte inmediatamente en disidente al permitirse un pensamiento contrario a la uniformidad establecida. El sujeto en la novela que no actúa conforme a las reglas de conducta determinadas por el *Partido*, retrata la minoría implícita en el postulado de Rawls.

Sus actos no están regulados por la ley ni por ningún otro código de comportamiento formulado con claridad. En *Oceanía* no hay leyes. Los pensamientos y los actos que, en caso de ser detectados, implican la muerte segura no están prohibidos for-

malmente, y las incontables purgas, detenciones, torturas, encarcelamientos y vaporizaciones no se infligen como castigo por delitos cometidos en realidad, sino que son la forma de eliminar a personas que en el futuro tal vez pudieran llegar a cometer un crimen (Orwell, 2015, 224)

Por tanto, el incipiente acto de disidencia que comete Smith al osar escribir un diario, configura un rechazo hacia la norma al suponer una afrenta a la conducta obligatoria que censura el pensamiento heterodoxo o rival al *Partido* en cualquiera de sus manifestaciones. Tal vez por la que se decide Winston, la escritura, sea la más peligrosa de ellas; tópico recurrente en las obras distópicas, sólo hace falta recordar la prohibición máxima en *Fahrenheit 451* (Bradbury, 1953), el acto de leer o la simple posesión de un libro, pues al igual que en la obra orwelliana, este hecho sugiere una apertura de pensamiento letalmente peligrosa para los fines gubernamentales de ambas novelas.

Supongamos además que estas reglas especifican un sistema de cooperación planeado para promover el bien de aquellos que toman parte en él, ya que, aun cuando la sociedad es una empresa cooperativa para obtener ventajas comunes, se caracteriza típicamente tanto por un conflicto como por una identidad de intereses (Rawls, 2004, 18).

El conflicto al que hace referencia Rawls en la cita anterior debe entenderse como un conflicto de intereses en cuanto la distribución de beneficios de acuerdo con la participación que el sujeto ejerza en su posición social (Cfr. Rawls, 2004, 18). A este respecto la novela nos ofrece tres escalas sociales presentes en *Oceanía*, a pesar del manifiesto socialismo que se proclama (reitero la ironía a la que me referí inicialmente), pues el totalitarismo impuesto sólo se aplica hacia las obligaciones del pueblo hacia el Estado, mientras la cúpula del mismo, el *Partido Interior*, se permite ciertos beneficios que no gozan los miembros del

Partido Exterior ni mucho menos los *proles*⁴, quienes están absolutamente fuera de consideración.

2.2.1 Identidad de intereses

Estipulado este orden social, ciertamente se evidencia un conflicto de intereses, sin embargo este parte únicamente del rango más elevado (*Partido Interior*) hacia sus subsidiarios, como pasaré a analizar. Previo a ello es importante determinar la identidad de intereses a la que apunta Rawls, concibiendo este aspecto como el objetivo conjunto que se desea alcanzar gracias a la cooperación social (Cfr. Rawls, 20014, 18). El fin común perseguido en *Oceanía* apunta unilateralmente al enfrentamiento con la potencia en disputa -sea esta *Eurasia* o *Esteasia*-, tanto así que todo cargo posible se ejerce en función del *Partido*, es decir, solamente los *proles* tienen vetada su participación en el *Partido*, por lo demás, todo individuo debe desempeñarse en alguno de los ministerios prevalentes (Amor, Abundancia, Paz y Verdad) donde a su vez ejercerá control y vigilancia hacia sus iguales de acuerdo con el cargo que posea, garantizando así la vigilancia mutua que pasaré a analizar en el apartado 2.3.

Paralelo al fin bélico no existe otro propósito en la cotidianidad de los ciudadanos de *Oceanía*. El principal componente de este objetivo, como he planteado con anterioridad, es el odio: hacia el país en confrontación, hacia Goldstein, hacia el disidente. De esta manera, la identidad común de intereses logra un engranaje perfecto por medio del constante y consciente control del *pathos* al que se entrega cada individuo. No es posible considerar el interés conjunto como la consecución de la victoria pues la permanente guerra ha confinado

⁴ Facción proletaria de la población, excluida del casco urbano, marginados, crédulos y fácilmente controlables.

tal posibilidad: se trata de una guerra *per se*, cíclica, constante, el conflicto como motor de la vida.

2.2.2 Conflicto de intereses

Esclarecida la identidad de intereses, puedo ahondar en el conflicto de los mismos. Desde el *Partido Exterior*, el interés estriba en contribuir desde su posición laboral y social al enaltecimiento del *Socing*, apoyando la guerra como parte de ello. Por su parte, el objetivo del *Partido Interior* es mantener la abulia en el pueblo, es decir, estimular el ciego apego al *Socing* desde todos los ámbitos posibles con el fin de mantener el odio como elemento unificador. De alguna manera, ambos intereses concatenan sin mayor dificultad: El *Partido Interior* vigila la ortodoxia por medio de las *telepantallas* en busca de desertores a quienes castigar, el pueblo (*Partido Exterior*) permite la intrusión en su vida privada como aporte a la captura de los mismos. El *Partido Interior* impone medidas de restricción cognitiva como lo son el doblepiensa y la *Neolengua*, la comunidad las adopta con el éxtasis de demostrar su fidelidad al *Socing*.

En cuanto a los beneficios producidos por su colaboración (Rawls, 2004, 18) las expectativas del *Partido Exterior* no son mucho más altas que obtener lo necesario para vivir por medio del racionamiento que el *Partido Interior* considere justo y este, a su vez, determinado por la economía que el conflicto bélico permita al Estado. Incluso a este respecto prevalece el interés común pues el pueblo es capaz de aceptar raciones inhumanas si su justificación es la financiación de la guerra

El consentimiento en la distribución ejercida es general, sólo cuando Winston se permite cuestionar los intereses del *Partido* se produce una ruptura en la estructura mental a la que se le ha inducido y de esta parte su posterior rebeldía. Es el único caso -junto al de Julia, su amante- que se encuentra en la novela de conflicto de intereses, pues la colectividad se halla tan crédula al *Socing* hasta el punto de nunca detenerse a pensar en los reales beneficios que el Estado debería concederle. Es así como tal identidad de intereses pasará a estructurar los principios de la justicia en *Oceanía* que más adelante analizaré.

2.3 Regulación eficaz

Habiendo ya planteado la macro estructura social de *Oceanía* como una sociedad ordenada con base en sus pretensiones y coherente con la visión rawlsiana, pasaré a disgregar los cuatro principales órganos sociales de la misma (ministerios) con el objetivo de determinar la regulación que estos establecen en función de la teoría política del filósofo.

2.3.1 Instituciones sociales

De acuerdo con la visión de Rawls, la regulación justa de una comunidad se establece a partir de la aplicación de los principios de justicia acordados, así como la directriz y vigilancia imparcial de los organismos gubernamentales creados para tal fin:

Ahora bien, digamos que una sociedad está bien ordenada no sólo cuando fue organizada para promover el bien de sus miembros, sino cuando también está eficazmente regulada por una concepción pública de la justicia. Esto quiere decir que se trata de una sociedad en la que: 1) cada cual acepta y sabe que los demás aceptan los mismos principios de justicia, y 2) las instituciones sociales básicas satisfacen generalmente estos principios y se sabe generalmente que lo hacen (Rawls, 2004, 18).

Encontramos entonces, en la sociedad orwelliana, los cuatro brazos del órgano estatal que rigen tanto el comportamiento del ciudadano desde sus concepciones mentales, como los asuntos relativos a la guerra. Estos son:

El Ministerio de la Verdad, que se ocupaba de las noticias, los espectáculos, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, encargado de asuntos relativos a la guerra. El Ministerio del Amor, que se ocupaba de mantener la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia, que era el responsable de los asuntos económicos. Sus nombres, en *Neolengua*, eran: Miniver, Minipax, Minimor y Minindancia (Orwell, 2015, 12).

¿De qué manera logran tales dependencias regular y garantizar los principios de justicia? Para resolver esta cuestión se debe partir de lo postulado en el apartado anterior: la concepción de justicia perseguida por todo integrante de *Oceanía* funda su potencia al garantizar un ambiente bélico constante y, por consiguiente, en la participación de todos sus miembros en la guerra continua, desde su posición y rol social asignado. En este orden de ideas, cada ciudadano al llegar a su adultez, en su mayoría pasa a conformar las filas de alguno de los cuatro ministerios y algunos pocos afortunados logran algún cargo de alto rango en el *Partido Interior*. No se concibe ocupación alguna que excluya la total entrega al *Partido*, claro está, sin tener en cuenta a los *proles*, quienes poco tienen que ver con el *Socing* a pesar de conformar un 85% de la población.

Cada uno de los ministerios ejerce un papel totalmente opuesto al atributo que le da su nombre:

- A los trabajadores de *Minimor* se les confía la labor de capturar a los disidentes e infligir el mayor castigo de acuerdo con su falta. Este puede ser: trabajo forzoso, en-

frentar su mayor miedo en la habitación 101, o la vaporización destinada a los casos más graves. Esta división en particular –junto a la *Policía del Pensamiento* que ya pasaré a perfilar- cumple a cabalidad con la función destinada por Rawls a las fuerzas estabilizadoras que tras una infracción prevengan violaciones ulteriores y tiendan a restaurar el orden (Rawls, 2004, 20)

- Los trabajadores de *Minipax* son hombres de ciencia encargados de mejorar el armamento y la logística de la guerra. Los encargados de *Minindancia* tienen en su deber racionar los alimentos y los objetos de uso personal a toda la población, velando por las inversiones necesarias hacia la guerra. Mientras los reguladores de *Miniver* -facción en la que se desempeña Winston- se encargan de la alteración de hechos históricos conforme sean las necesidades presentes del *Partido*.
- En breve, el *Ministerio de la Abundancia* conserva al pueblo en constante hambruna y escasez, el *Ministerio del Amor* sanciona severamente a quien salga del margen mental establecido por el *Socing*, el *Ministerio de la paz* procura el mayor perjuicio posible y el *Ministerio de la Verdad* manipula la información a antojo y conveniencia del *Partido*.

Los miembros del *Partido* viven, desde que nacen hasta que mueren, bajo la vigilancia de la *Policía del Pensamiento*. Ni siquiera cuando están solos pueden estar seguros de estarlo de verdad. Dondequiera que se encuentren, dormidos o despiertos, trabajando o descansando, en el baño o en la cama, pueden ser inspeccionados, sin previo aviso. Nada de lo que hacen es indiferente. Sus amistades, sus aficiones, su comportamiento con la mujer y los hijos, las expresiones de su cara cuando están a solas, las palabras que murmuran en sueños, incluso los movimientos característicos de su cuerpo son celosamente analizados. No solo cualquier falta, sino cualquier excentricidad, por pequeña que sea, cualquier cambio de costumbres, cualquier tic nervioso que pudiera ser síntoma de una lucha interior, es detectado inevitablemente (Orwell, 2015, 224).

Adjunta a la labor de los ministerios, se encuentra la entidad encargada de vigilar cada movimiento de los ciudadanos dentro y fuera de su hogar: La *Policía del Pensamiento*. Este brazo del *Partido*, tiene la facultad de observar por medio de las *telepantallas* todos los actos que se lleven a cabo en territorio oceánico -sólo los *proles* son absueltos de tal medida – puede incluso, detectar las alteraciones físicas producidas por emociones como el miedo, al ser capaz de medir los latidos y el ritmo respiratorio de cada individuo en cualquier momento de su vida.

Sin embargo, cierto acuerdo en las concepciones de la justicia no es el único requisito para una comunidad humana viable. Hay otros problemas sociales fundamentales, en particular los de coordinación, eficacia y estabilidad. Así, los planes de las personas necesitan embonar para que sus actividades resulten compatibles entre sí y puedan todas ser ejecutadas sin que las expectativas legítimas de ninguno sean severamente dañadas. (Rawls, 2004, 19)

Tales cuestiones de coordinación, eficacia y estabilidad a las que alude el filósofo se encuentran a salvo en la comunidad de *Oceanía* al establecer una uniformidad de pensamiento por medio del *Partido* único; de modo que aunque se quisiera, resultaría imposible la realización de una corriente política alterna al *Socing*. Esto se resume en el totalitarismo evidenciado en la novela de Orwell, cuyo fin último es asegurar el poder a través de la euforia producida por la guerra -sea esta cierta o no-, por tanto, la sociedad orwelliana se puede considerar coordinada, eficaz y estable, aunque sus métodos de coerción disten de la concepción de buen gobierno del lector.

Gracias también al *Socing* y a la división de ministerios que he detallado anteriormente, se da lugar al embonamiento o engranaje de propósitos sugerido por Rawls en función de la consecución conjunta de expectativas. Claro está, con el odio como máximo estandarte.

De este modo identifico en la novela una satisfacción de los principios de justicia propuestos por parte de las instituciones básicas establecidas y los mecanismos que cada una de ellas considera apropiado para asegurar la estabilidad social, aunque esta, como se da a entender al final de la obra, se base únicamente en el pretexto de la guerra como método de control al lograr enfocar toda la energía del pueblo hacia una meta conjunta, el odio.

Hasta del miembro más humilde se espera que sea competente, trabajador e incluso inteligente dentro de unos límites, pero también es necesario que sea un fanático crédulo e ignorante cuyos estados de ánimo predominantes sean el miedo, el odio, la adulación y el triunfo orgiástico. En otras palabras, es necesario que tenga la mentalidad apropiada para un estado de guerra. Poco importa que la guerra suceda o no en realidad, y, puesto que una victoria decisiva es imposible también carece de importancia que la lucha vaya bien o mal. Lo único que hace falta es que exista un estado de guerra (Orwell, 2015, 207).

Esta declaración de Goldstein retrata el estado mental de *Oceanía*, donde unos a otros velan que este se efectúe sin entrar en consideraciones morales propias ni ajenas. Tales principios de justicia que conllevan a la persecución de la misma, por el hecho de que desde la óptica del lector no parezcan equitativos o racionales, no dejan de ser acertados para el ciudadano orwelliano, pues es el pacto social que se ha establecido y del cual está totalmente a favor.

2.3.2 Eficacia fisurada

Como ya se ha dicho en un apartado anterior, la sensación de injusticia sólo toma lugar en las reflexiones de Winston que finalmente le llevarán a la disidencia; el protagonista difiere del concepto de justicia de la comunidad en la que se encuentra inmerso en el momento que se detiene a analizar la imparcialidad de los cánones seguidos, y halla en ellos un desequilibrio respecto al ideal propio de justicia que defiende. Este acto de reflexión y evaluación no

llega a darse en ningún otro miembro de *Oceanía* además de Julia y Winston, es por eso que, ante la inexistencia de un sentido propio de la justicia, el resto de comunidad vive plenamente, de acuerdo con los preceptos impartidos por el *Socing*.

«La diferencia entre la utopía y la distopía es sólo axiológica, pero no material; lo que cambian son los juicios de apreciación del sujeto del discurso no los contenidos del texto»⁵. En otras palabras; la distopía es el irónico *doppelgänger* de la utopía, o si se quiere, una utopía contada por un absoluto disidente de ésta (Martorell, 2012, 276).

En su estudio sobre dominación y temporalidad en la utopía, Francisco Martorell postula la idea de que la distopía germina en un ambiente utópico, pues en un principio tales condiciones son avaladas y aceptadas por una mayoría para quienes lo ofrecido es el mejor mundo posible; sólo cuando uno de ellos ejerce su sentido propio de la justicia es el momento en que la utopía se transforma en su contrario. Una concepción de la justicia es preferible a otra cuando sus consecuencias generales son más deseables (Rawls, 2004, 20). El momento de recapitación que Winston se concede pasa a configurar lo que Rawls denomina *equilibrio reflexivo*, mecanismo de excepción a partir del cual toda sociedad, según el filósofo, se debe repensar en pos de las expectativas de los individuos que la conforman. Este concepto lo analizaré con mayor detalle en el capítulo IV de mi estudio, dedicado a la figura de la disidencia.

Siguiendo a Rawls, las instituciones son justas cuando no hacen distinciones arbitrarias entre las personas al asignarles derechos y deberes básicos y cuando las reglas determinan un equilibrio debido (Rawls, 2004, 19), tal desequilibrio en la asignación de beneficios no es una de las consideraciones efectuadas por Winston antes de su acto de rebeldía, pues su

⁵ A su vez, Martorell hace alusión al concepto expuesto por L. Ladeveze (1985) en su texto: De la utopía clásica a la distopía actual, Revista de Estudios Políticos, 44, pág 47.

principal motor de desobediencia es el cuestionamiento sobre la verdad, la historia y el pasado; sin embargo, en la obra es evidente la injusta distribución de bienes incluso de acuerdo con el pacto social establecido, por ejemplo, la posibilidad que tienen los funcionarios del *Partido Interior* de apagar sus *telepantallas* en cualquier momento y la abundancia de beneficios económicos que les es permitida.

Cuando O'Brien pasó por delante de la telepantalla, pareció ocurrírsele una idea. Se detuvo, se volvió y accionó un interruptor en la pared. Se oyó un brusco chasquido. La voz había cesado.

Julia soltó una leve exclamación, una especie de grito de asombro. Winston se sorprendió tanto que fue incapaz de contenerse.

-¡No puedes apagarla!- dijo.

-Sí- respondió O'Brien-, tenemos ese privilegio.

(...)

O'Brien cogió la botella por el cuello y llenó las copas de un líquido de color rojo oscuro (...) Se llama vino – dijo O'Brien con una vaga sonrisa – seguro que lo habréis leído en libros. Me temo que no llega mucho al *Partido Exterior* (Orwell, 2015, 184-185).

Aunque Winston al enterarse de ello durante su visita al hogar de O'Brien no demuestre ninguna reflexión más allá del asombro -posiblemente doblegado su pensamiento por la naturaleza del momento revelador-, el lector se da perfecta cuenta de la inconsistencia en el racionamiento establecido. La injusticia develada en este apartado de la novela es sólo perceptible para el lector por lo que, pensada en términos ficcionales, *Oceanía* sigue siendo justa a pesar de ello mientras uno de sus ciudadanos no descubra la parcialidad ejecutada en la distribución de beneficios; y aunque ocurriera, posiblemente aplicaría el doblepiensa al acto presenciado, negando así toda posibilidad de reflexión.

Concluyo entonces, que mientras los miembros de un grupo social, *Oceanía* en este caso, se encuentren en consonancia a los principios de justicia estipulados y vigilados por las instituciones sociales dedicadas a tal labor, y en ello no hallen ninguna contrariedad ni objeción dado a los constructos mentales que practican autónomamente, se efectúa una regulación eficaz de la sociedad tal como Rawls la concibe.

La justicia rawlsiana no estriba en las delimitaciones acordadas entre el pueblo y las instituciones sociales de orden; sino en la realización de tal convención o pacto. En ese sentido, la sociedad imaginada por Orwell en *1984* constituye una colectividad que lleva a cabo el cumplimiento de sus principios de justicia de acuerdo con el estatuto inicial delimitado por el *Partido*, y la adopción que los individuos suscritos a este establecen entre sus actos y tal alianza.

A esta resolución llego basada en el cumplimiento orgánico de los principios planteados por una institución aceptada y avalada por la comunidad como regente de la misma - independientemente de la naturaleza y propósitos de tales principios, pues se da por sentada la aprobación de ambas partes- evitando fundarme en los principios morales de la sociedad verídica ni los preceptos éticos que cada persona lleva a cabo en su cotidianidad. Pues es justamente ese el sesgo desde el que el lector suele examinar las obras distópicas, cuando sus planteamientos deben entenderse de acuerdo con la posición y percepción moral de la justicia aprobada por los actores de las mismas.

De acuerdo con esta secuencia de ideas, *Oceanía*, hasta este punto, da la sensación de ejercer un régimen justo -desde la mirada del filósofo-dentro de sus determinaciones políticas particulares, pues los aspectos de construcción gubernamental analizados en este capítulo, son congruentes con el ejercicio de la justicia avalado por Rawls. Sin embargo, no se puede dejar de lado las consideraciones que este establece ya no acerca del orden funda-

cional de un Estado sino en una segunda instancia en la que se consideren las probabilidades de conflicto y la resolución que un régimen justo debe darle a las mismas. Estos aspectos se analizarán en el capítulo IV de este estudio, donde se retomará lo que hasta el momento y de acuerdo con lo estudiado, aparenta ser un orden justo dentro de la novela tratada.

CAPÍTULO III

Morfología del poder, una lectura desde Hobbes

El partido ambiciona el poder en sí mismo. No nos interesa el bienestar ajeno, sino únicamente el poder. Ni la riqueza, ni el lujo, ni la longevidad, ni la felicidad: sólo el poder en estado puro - 1984, George Orwell.

Habiendo ya determinado el papel de la justicia en una comunidad, y contrastado la teoría rawlsiana con la ficción aquí tratada, puedo así mismo detenerme ahora en la noción de poder como aspecto inherente de lo justo. Para ello tomaré como base la visión de Thomas Hobbes en el *Leviatán*, obra publicada en el año 1651 siguiendo el fin de ejemplificar por medio de una figura mitológica cristiana, la composición de toda sociedad civil.

Para el filósofo, la vida humana sin ningún ente de control es una constante amenaza donde prima la desconfianza y la violencia mutua; es entonces donde nace el Estado a quien se transfiere tales pasiones y se le delega la capacidad de violencia de un pueblo de manera imparcial y justa. Este es entonces el Leviatán, ese coloso que resulta de la unión de muchos hombres en uno solo con el propósito de una convivencia armónica, como un gran organismo que trabaja por un fin conjunto evitando atacarse a sí mismo.

Así, de la manera que anteriormente se hizo con Rawls y la justicia en 1984, se estudiarán las bases filosóficas del *Leviatán* frente a la ejecución del poder en la ficción orwelliana, con el propósito de determinar en qué medida se puede leer desde tal visión filosófico-política.

3.1 Nominalismo: La neolengua como herramienta de poder

Hobbes fue uno de los primeros filósofos en defender una concepción del universo mecanicista, esto es, la firme creencia de que la realidad posee una estructura similar a una máquina, basada en una visión determinista de todo lo que nos rodea; es decir, que nada surge por sí mismo y todo está determinado por uno o varios sucesos previos, y todo acto es a su vez creador de nuevas mociones. Así, se concibe la ley de casualidad hobbesiana que sustenta la idea de que todo está determinado causalmente y que todo suceso que tiene lugar en el universo no es más que una concatenación de causas.

En las ideas anteriores se basa el filósofo para argumentar su noción de lenguaje como causa primordial de la vida en sociedad. Con el fin de dar amplitud a tal idea, en el IV capítulo del *Leviatán (Del lenguaje)* se presenta el nominalismo hobbesiano, donde se expone su hipótesis del lenguaje como detonante causal de la sociedad “Sin él no hubiera existido entre los hombres ni gobierno ni sociedad, ni contrato ni paz, ni más que lo existente entre leones, osos y lobos” (Hobbes, 1994, 22).

Para Hobbes entonces, el lenguaje cumple cuatro funciones principales, de las que resaltaré dos específicas que atañen al fin de este estudio: recordar y facilitar la vida en sociedad. Así, -siguiendo la constante del filósofo de partir de la individualidad para comprender las estructuras de una comunidad- el lenguaje estructura el pensamiento humano desde su propio soliloquio interior para pasar en un segundo momento a configurar una herramienta social que permita fijar las normas de una vida conjunta.

Habiendo claridad en ello, podemos analizar el papel del lenguaje y específicamente en su forma de neolengua en la novela de Orwell. Esta, constituye parte importante del orde-

namiento social aceptado, los ciudadanos creen en ella como un apoyo a la cotidianidad que permite decir más con menos; sin ser conscientes de la mutilación a la conciencia que el uso de la misma supone. “No comprendes la belleza de la destrucción de las palabras. ¿No sabes que la nuevalengua es el único idioma del mundo cuyo vocabulario se reduce cada día?” (Orwell, 2015, 61).

En el capítulo V, asistimos a una de las discusiones más extensas que se da en la obra acerca del papel de la neolengua en la vida social. En él, comprendemos que las cabezas del *Partido*, y los trabajadores del mismo, como Winston, tienen plena conciencia del verdadero propósito de tal uso del lenguaje, mientras la comunidad obnubiladamente se abraza al mismo como prueba de los avances sociales que el Estado ejecuta para ellos:

- ¿No ves que el objetivo final de la nuevalengua es reducir el alcance del pensamiento? (...) Cada año habrá menos palabras y el rango de conciencia será cada vez más pequeño (...) La revolución se habrá completado cuando el lenguaje sea perfecto (Orwell, 2015, 61).

De esta manera se adopta en *Oceanía* el lenguaje como arma de coerción, pues sus dirigentes conocen los mecanismos mentales que unen directamente el lenguaje con la visión de mundo; de manera que estableciendo uniformidad en el habla, y además, depurando la misma de significados y expresiones hasta llevarla a su forma más básica, se pretende como efecto la estandarización del pensamiento y la reducción del razonamiento crítico en el ciudadano. Así, se consigue el objetivo máximo del *Partido*: eliminar la amenaza de la razón para movilizar a la masa únicamente bajo pasiones e instintos, de manera que no se juzgue lo que es cierto o no, sino que se acepte ciegamente la palabra del soberano.

Tal objetivo marcado por el *Partido*, confirma en la novela la visión hobbesiana que sostiene la inalienabilidad del lenguaje y el razonamiento:

Los griegos tienen una sola palabra para las dos cosas: lenguaje y razón. No quiere esto decir que pensarán que no existe lenguaje sin razón; sino que no hay raciocinio sin lenguaje (Hobbes, 1994, 28).

De acuerdo con la anterior cita, entendemos que la reducción verbal impuesta en *Oceanía* busca como fin último contraer el pensamiento de todo ciudadano a su más mínima expresión, de modo que si bien pueda razonar, este proceso resulte inofensivo para los objetivos estatales y además siga la dirección trazada para la realización de los mismos. Así lo admite O'Brien durante su confesión a Winston:

Los convertimos, conquistamos el interior de sus mentes y les reformamos. Eliminamos cualquier mal y toda ilusión que pueda haber en ellos; los atraemos a nuestro bando, no en apariencia, sino de verdad, en cuerpo y alma (Orwell, 2015, 270).

Acerca de las dos funciones del lenguaje previamente mencionadas, encontramos sobre la primera de ellas, el recuerdo, la mano del *Partido* hurgando constantemente la memoria colectiva con el fin de moldear la verdad a su conveniencia. Esto, apoyado siempre en las demás estrategias políticas fundamentales, el doblepiensa y la historia como palimpsesto. Sin embargo, no sólo el recuerdo colectivo resulta afectado, pues este parte de la base de las memorias individuales. Así, tenemos a la par uno de los hechos más impactantes de la novela, el olvido de cualquier pasado pacífico, todo recuerdo de un ayer sin guerra es llamado a la erradicación por medio del doblepiensa; este a su vez, apoyado por un uso interno de la neolengua. En breve, el lenguaje silencioso que se desarrolla en aras del pensamiento y el recuerdo, también ha sido permeado por los propósitos del Estado con el fin de tejer una red de recuerdos individuales y conjuntos que sólo favorezcan la buena imagen del gobierno: “Te estrujaremos hasta vaciarte y luego te llenaremos de nosotros” (Orwell, 2015, 271).

A este respecto, Hobbes sostiene que “Verdad y falsedad son atributos del lenguaje, no de las cosas. Y donde no hay lenguaje no existe verdad ni falsedad” (Hobbes, 1994, 26). Esta premisa se cumple a cabalidad en los métodos ejercidos por el *Partido* en la novela, pues este se ha encargado de configurar un lenguaje propicio que permita delimitar, de acuerdo con sus intereses, lo que es cierto o falso, lo que ha tenido lugar o nunca ha sucedido, así como conceptos más hondos como el de bien y la justicia. En *Oceanía* se ha establecido un orden discursivo tan simplista y potente a la vez que logra el cometido de gestar un particular concepto de lo correcto -unido estrechamente con la guerra, la entrega, la vigilancia mutua y la aceptación ciega- y a partir del mismo guiar todas las acciones del ciudadano.

No nos interesan lo estúpidos crímenes que podáis haber cometido. Al Partido no le interesan los actos manifiestos: lo único que nos preocupa es el pensamiento. No nos limitamos a destruir a nuestros enemigos sino que los cambiamos (Orwell, 2015, 265).

Orwell nos presenta un orden social en el que los gobernantes han comprendido que el control de las pasiones y de los actos del pueblo parte directamente del control ideológico. Esto puede resultar una obviedad, pero el autor ha ido más allá, el régimen de su ficción entiende que el control ideológico parte esencialmente del lenguaje como elemento que configura la totalidad del pensamiento humano; y en consecuencia ha adoptado como prioridad política el completo manejo del mismo.

Volviendo a Hobbes, el filósofo considera un uso erróneo del lenguaje el valerse del mismo bajo fines egoístas y malintencionados, tal como lo hace el *Partido* en 1984 al buscar a costa del control lingüístico la manipulación cognitiva de sus seguidores:

Cuando usan el lenguaje para agravarse unos a otros: porque viendo cómo la naturaleza ha armado a las criaturas vivas, algunas con dientes, otras con cuernos, y algunas con manos para atacar al enemigo, constituye un abuso del lenguaje agravarse con la lengua (Hobbes, 1994, 24).

Como efecto inmediato del aspecto del recuerdo, encontramos la siguiente función del lenguaje según Hobbes, facilitar la vida en sociedad. Esto, no en pos de la plenitud del pueblo, si no siguiendo los parámetros que favorezcan la labor política del *Partido*. Tal organización hace creer a la ciudadanía en los intereses propios del gobierno como motor del orden social, y como ya lo hemos mencionado, estos son esencialmente bélicos, aunque dicha guerra no exista y sólo actúe como la sustancia ficticia que da cohesión y forma a la nación. De este modo, el ciudadano de *Oceanía* cree que en efecto la neolengua favorece la vida en sociedad al hacer más rápido, sencillo y efectivo el modo de comunicarse; la verdad es que tal forma de lenguaje sólo beneficia a la vida en sociedad que el *Partido* necesita implementar para satisfacer sus propios deseos, no el bien común.

“Para todos los discursos, existe, en último término, un *fin*, que consiste en alcanzar o renunciar a algo. Y dondequiera que se interrumpa la cadena del discurso, existe un fin circunstancial” (Hobbes, 1994, 51). El *Leviatán*, sustenta entonces la idea expuesta en el anterior párrafo, de modo que el *Partido* efectivamente ejerce su poder a través del discurso avalado; para alcanzar el *fin* que propone Hobbes. Este, es la renuncia del pensamiento autónomo como el precio para alcanzar la paz.

Recordaremos entonces, las escenas en las que Winston trata de recordar su pasado y lo logra, este es uno de los detonantes que lo llevarán a su rebelión. El recuperar las imágenes de su infancia donde la injusticia y la precariedad reinaban, unido con la culpa que sostiene por la muerte de su madre, le hará recordar que el Estado no siempre ha estado a su favor.

Adjunto a esto, no se puede olvidar que Winston se niega desde un principio a usar la neolengua, pequeña libertad que lo llevará a liberar su visión del mundo y sus recuerdos en pos de su emancipación como ciudadano.

A Winston aún le sorprendió más descubrir que había olvidado que, cuatro años antes, Oceanía hubiera estado en guerra con Esteasia y en paz con Eurasia. Estaba convencida de que lo de la guerra era un camelo, pero no había reparado siquiera en que el nombre del enemigo hubiese cambiado.

- Yo creía que siempre habíamos estado en guerra con Eurasia – dijo sin prestar demasiada atención.

(...) Estuvo hablando con ella casi un cuarto de hora. Al final consiguió que recordara vagamente que en otra época el enemigo había sido Esteasia y no Eurasia. Pero la cuestión siguió pareciéndole carente de interés.

- ¿Qué más da? –dijo con impaciencia-. Tanto da una puñetera guerra como otra y lo que cuentan las noticias es una sarta de mentiras.
(Orwell, 2015, 166-167).

Por otro lado, la propuesta de Hobbbes respecto a este tema, se sustenta en una dependencia sencilla según la cual “la relación del lenguaje con la realidad es la de un plano intermedio entre esta y la experiencia sensorial” (Iturralde, 2015, 60). De acuerdo con ello, el lenguaje funge como mediador a través del cual obtenemos la facultad de traducir verbalmente nuestra percepción de todo lo que nos rodea, o de la realidad.



Fig 1. Mediación del lenguaje.

Así, y retomando lo citado anteriormente acerca de la relación intrínseca entre lenguaje y razón, se entiende el uso correcto de este como garante de unos sanos procesos

mentales. De nuevo, debemos ubicarnos ideológicamente en la diégesis de la novela para asimilar el orden lógico de sus métodos políticos: El uso correcto del lenguaje en *Oceanía* dista sustancialmente de la concepción del mismo que tenga el lector, sin embargo este, continúa siendo uno socialmente aceptado y además, el único posible y delimitado en el contrato social establecido. En breve, la implementación de la *neolengua* hace parte consciente del orden político del *Partido*, desde los ciudadanos, tras el fin de ahorrar tiempo y nociones innecesarias; desde el Estado, tras el objetivo de asegurar que los procesos mentales del pueblo sean congruentes con el sopor crítico que se pretende en ellos. Así lo confirma la tesis doctoral de Martorrell:

El Hermano Mayor es mucho más sofisticado y retorcido. Su plan para invadir el pensamiento ajeno, esculpirlo a la medida de la voluntad general y volverlo dócil ante la descarga tiene por puntal a la “neolengua”, producto de una interpretación obscena del giro lingüístico. La ingeniería lingüística imaginada por Orwell proyecta desarmar a la mente discrepante eliminando progresivamente de la circulación las palabras referidas a la individualidad (...) y conformando un lenguaje minúsculo y carente de ambigüedades semánticas donde a cada signo le corresponda únicamente un significado, el decidido por el Partido. De tener éxito, el pensamiento individual ya no supondrá ningún peligro. Su contenido y alcance estarán determinados por una lengua desnaturalizada que cortocircuita el pensamiento individual propiamente dicho (Martorrell, 2015, 271).

En conclusión, en la novela se usa un lenguaje predeterminado por el soberano (*Partido*), asegurando que el pueblo razone de una manera políticamente correcta y congruente con la visión de mundo que le conviene al Estado mantener en sus súbditos. De este modo se logra imponer un pensamiento uniformado en todo ciudadano, sin dejar el más mínimo intersticio para la auto reflexión, la crítica constructiva ni el pensamiento autónomo. Así, la manipulación semántica desarrollada por la neolengua, permite modificar la

percepción de una realidad social abusiva de manera que la lectura de tal realidad beneficie al *Partido* y decante el odio hacia el enemigo.

Siendo así, se cumple la premisa hobbesiana expuesta anteriormente, donde se establece la relación realidad/lenguaje/percepción. Pues la neolengua efectivamente se sitúa en medio del ciudadano y de su experiencia con la realidad y logra transmutar los conceptos de verdad y justicia que este podría tener en caso de ejercer un pensamiento autónomo, hecho que de permitirse sería fatal para las pretensiones del *Partido*.

Es solamente en el momento en que Winston se permite aislarse de la imposición discursiva de la neolengua, cuando su pensamiento crítico antes dubitativo, logra estructurarse y rescatar los recuerdos olvidados o trastocados. Todo ello gracias a la adquisición de un lenguaje personal que le abre las posibilidades de una cosmovisión amplia, y finalmente lo empoderará hacia su emancipación.

Al respecto de los usos del lenguaje, cabe mencionar lo establecido por Foucault (1970) en *El orden del discurso*. “El discurso por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder” (Foucault, 1980, 12). Tal noción discursiva se adapta a lo evidenciado en la ficción de Orwell, en la medida que por medio de la historia oficial como parte del discurso aceptado y de las estructuras semánticas impuestas, se filtran y posicionan los intereses de poder, así como el deseo de quienes lo ejercen.

3.1.1 Precedentes de la neolengua

El interés que evidencia Orwell sobre el manejo del lenguaje y las repercusiones que el uso de este tiene en la cotidianidad de una sociedad, no es algo al azar ni una idea inma-

dura del autor. La función política del lenguaje fue un tema que Orwell empezó a explorar mucho antes de *1984*, ya en *Animal Farm* encontramos algunas luces en este aspecto de su narrativa. No es gratuito que los animales de la novela sean parlantes, Orwell es plenamente consciente de las implicaciones que el lenguaje tiene al constituir el pensamiento humano y a la vez lograr expresarlo. Entre tantas características antropológicas que el autor da a los protagonistas de *Animal Farm*, la fundamental es la capacidad de habla que permitirá a los animales construir una asociación y ejercer su rebelión.

El lenguaje cumple un rol unificador en la granja animal, gracias al mismo se establecen los mandamientos o leyes que rigen el nuevo orden. Así como también funciona en su forma escrita para excluir a quienes no saben descifrarlo, e incluso aprovecharse de su ignorancia, como sucede con las ovejas. Además de esta primera versión de las nociones lingüísticas que Orwell reflejará en su obra, en 1946 publica su manifiesto titulado *Politics and the English Language*. Tal escrito compone el precedente del poder que el buen o mal uso del léxico ejerce sobre la cosmovisión de una persona o de una comunidad, así como las herramientas que esta tiene para oponerse a la injusticia. De esta manera, Orwell presenta las ideas que sustentan su teoría sobre la conexión entre política y la degradación del lenguaje que más adelante ejemplificará en *1984*.

“The word Fascism has now no meaning except in so far as it signifies ‘something not desirable. The words democracy, socialism, freedom, patriotic, realistic, justice have each of them several different meanings which cannot be reconciled with one another⁶.” (Orwell, 1946). Lo expresado en el anterior extracto de su diatriba, el autor lo retomará en

⁶ La palabra fascismo no tiene ningún significado a menos que este sea “algo no deseable”. Las palabras democracia, socialismo, libertad, patriotismo, realismo o justicia tienen cada una significados sustancialmente diferentes e irreconciliables entre sí.

su distopía desde la erradicación de ciertas nociones en el habla, o la mutación de las mismas, como la palabra “no bueno” para hacer referencia al mal. O las múltiples uniones de términos que funcionan como eufemismo alrededor de algo que no conviene aceptar, como el nombre de los ministerios, que logran mimetizar el verdadero propósito de los mismos.

Mientras con la economía que Orwell defiende en el ensayo se persigue la claridad, con la reducción del léxico y de la riqueza semántica de las palabras que promueven los creadores de Newspeak se pretende obnubilar el pensamiento y estrechar su horizonte. Los lingüistas de Oceania no escatiman ni el eufemismo ni ningún otro recurso para la consecución de los fines de ese código brutal que Orwell nos recuerda con toda crudeza en el apéndice: «El objetivo de Newspeak no era sólo proporcionar un medio de expresión para la visión del mundo y los hábitos mentales de los devotos del Ingsoc, sino hacer imposible cualquier otra forma de pensamiento» (Lopez y Oncins⁷).

Así, se genera desde el lenguaje una psicología que sustenta el orden político establecido, al no permitir siquiera las nociones de injusticia o maldad y a partir de ello niega toda posibilidad de reflexión política. Es decir, el régimen halla su base en la decadencia del lenguaje, y se vale del mismo para garantizar la uniformidad de pensamiento.

3.2 De los seres humanos: El ciudadano de Oceanía y su libertad

De acuerdo con la noción universal determinista ejercida por Hobbes en su filosofía, el hombre tiene lugar en el mundo como un mecanismo cuyas acciones son explicables sólo por causas materiales. De ello deviene el automatismo bajo el que el pensador se explicaría la naturaleza humana:

⁷ Texto sin datación, hallado en: http://dehesa.unex.es/bitstream/handle/10662/1482/0210-8178_20_221.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Y siendo la vida un movimiento de miembros cuya iniciación se halla en alguna parte principal de los mismos ¿por qué no podríamos decir que todos los autómatas (artefactos que se mueven a sí mismos por medio de resortes y ruedas como lo hace un reloj) tienen una vida artificial? ¿Qué es en realidad el corazón sino un resorte; y los nervios qué son, sino diversas fibras; y las articulaciones sino varias ruedas que dan movimiento al cuerpo entero tal como el Artífice se lo propuso? (Hobbes, 1994, 3).

Partiendo de lo anterior, se expondrá en este apartado los elementos que según Hobbes componen el engranaje del ser humano, y la forma en la que estos se articulan para dar movimiento a la vida en sociedad.

3.2.1 Delegación de poderes

Inicialmente, encontramos la aseveración de que somos hostiles por naturaleza; no seres políticos. Este último aspecto entra a adoptarse en una comunidad al ser conscientes de la constante competencia que nuestra hostilidad impone a los demás y viceversa. “Así hallamos en la naturaleza del hombre tres causas principales de discordia. Primera, la competencia; segunda, la desconfianza; tercera, la gloria.” (Hobbes, 1994, 102). Teniendo conocimiento de que de ello sólo pueden derivarse enfrentamientos por el tener, se establece un orden social en el que se delega la capacidad de agresión al soberano (o Leviatán), confiando en su justo criterio para ejercerla en las situaciones que así lo demanden.

La condición del hombre es una condición de guerra de todos contra todos, en la cual cada uno está gobernado por su propia razón, no existiendo nada, de lo que pueda hacer uso, que no le sirva de instrumento para proteger su vida contra sus enemigos. De aquí se sigue que, en semejante condición, cada hombre tiene derecho a hacer cualquier cosa, incluso en el cuerpo de los demás. Y, por consiguiente, mientras persiste no puede haber seguridad para nadie (Hobbes, 1994, 107).

La política y el gobierno es entonces la alternativa (*lex naturalis*) que el hombre primitivo implementa con el fin de paliar y equilibrar tal hostilidad inicial o también llamada *jus naturale*. Así, entendemos que la vida en un Estado no resulta natural; es un artificio, una imposición que permite cierta armonía y confianza frente a nuestros iguales, pues poseen los mismos medios para alcanzar lo que también deseamos y ello representa una constante amenaza para el individuo.

La causa final, fin o designio de los hombre (que naturalmente aman la libertad y el dominio sobre los demás) al introducir esta restricción sobre sí mismos (en la que los vemos vivir formando Estados) es el cuidado de su propia conservación y por añadidura, el logro de una vida más armónica; es decir, el deseo de abandonar esa miserable condición de guerra que, tal como hemos manifestado, es consecuencia necesaria de las pasiones naturales de los hombres, cuando no existe poder visible que los tenga a raya y los sujete (Hobbes, 1994, 137).

De esta manera, el soberano entra a velar por la preservación de la integridad de sus súbditos, así como sus intereses, por medio de las normas o leyes que este como cabeza de Estado imponga. Tales reglamentos son necesarios y su cumplimiento debe ser imparcial, pues fuera de ellos se abre la posibilidad a una libertad sin límites que representaría la anarquía, la guerra y el caos; es decir, el regreso al estado natural de hostilidad.

En los cuerpos políticos el poder de los representantes es siempre limitado, y quien prescribe los límites del mismo es el poder soberano. En efecto, poder ilimitado es soberanía absoluta, y el soberano, en todo Estado, es el representante absoluto de todos los súbditos; por tanto, ningún otro puede ser representante de una parte de ellos, sino en cuanto el soberano se lo permite (Hobbes, 1994, 184).

A este respecto, en la novela encontramos una interesante disertación entre los pretendidos escritos de Goldstein, en la que se expone la historia del *Partido* y sus justificaciones:

Hacía mucho se había comprendido que la única base segura para la oligarquía es el colectivismo. La riqueza y los privilegios se defienden más fácilmente cuando se

comparten. La supuesta abolición de la propiedad privada que se produjo a mediados de siglo supuso, en realidad la concentración de la propiedad en muchas menos manos que antes, pero con la siguiente diferencia: los nuevos propietarios pasaron a ser un grupo en lugar de una masa de individuos. De forma individual, ningún miembro del Partido posee nada, salvo algunas pertenencias personales. De manera colectiva, el Partido lo posee todo en Oceanía, porque lo controla todo y dispone de los productos como considera más conveniente (Orwell, 2015, 220).

El *Partido* entonces, se adapta a la visión Hobbesiana de orden social, independientemente de sus propósitos y efectividad, temas en los que nos detendremos más adelante. La novela, al remitirse directamente al socialismo, toma el estado de naturaleza o de hostilidad como el momento previo a la implementación de este régimen; la incursión del mismo marca entonces un cambio de estructura social mediante la cual el *Partido* entra a regular la posesión y la economía del pueblo. Es decir, se le han delegado los poderes económicos y materiales con los que previamente cada individuo contaba, y en un voto de confianza se acepta su administración como la mejor opción posible, pensando siempre en el bienestar común. Así, el pacto de no agresión desde la obra orwelliana, toma un matiz económico y no por eso se aleja de la visión de Hobbes.

Acerca del rol del soberano o Leviatán, claramente se ve encarnado en la constitución del *Partido*, pero más allá de ello, Orwell decide darle una caracterización propia como el rostro gubernamental casi humanizado que funge de protector, acompañante así como verdugo cuando se considera necesario, este es el *Hermano Mayor*: “Su función es ser un foco de amor, miedo y respeto. Emociones que es más fácil sentir por un individuo que por una organización” (Orwell, 2015, 221).

A raíz de esta caracterización, en su tesis doctoral Martorell afirma que:

La cabeza del Leviatán se asemeja al Dios “que todo lo ve”. Sus ojos, dedos y oídos (policías, soplones, cámaras, micrófonos, satélites) han producido con la ayuda de toda la población (mutada en ejército de espías y confidentes) un Panóptico universal que rastrea cada milímetro del espacio (...) En la sociedad distópica estándar no hay cotos reservados a la vida propia. No hay rastro de opacidad. Winston Smith (1984) así lo atestigua: “Tenía usted que vivir —y en esto el hábito se convertía en un instinto— con la seguridad de que cualquier sonido emitido por usted sería registrado y escuchado por alguien y que, excepto en la oscuridad, todos sus movimientos serían observados”. Ser opositor y pasar desapercibido en este entorno es prácticamente imposible, una quimera a largo plazo. Requiere cualidades interpretativas excepcionales, no desentonar jamás respecto a la muchedumbre monofónica, acallar la emotividad, la interioridad, el miedo a ser tocado. Cualquier descuido, añade Winston, “podía traicionarle a uno. Un tic nervioso, una inconsciente mirada de inquietud, la costumbre de hablar con uno mismo entre dientes, todo lo que revelase la necesidad de ocultar algo. En todo caso, llevar en el rostro una expresión impropia... constituía un acto punible” (Martorrell, 2015, 269).

En este orden de ideas, el *Hermano Mayor* como soberano, o rostro del verdadero soberano, el *Partido*, simboliza todo lo que *Oceanía* esperaría del ente a quien ha atribuido la totalidad sus derechos. En contraste con la visión de Hobbes, este — como el filósofo lo estipula — de libertad individual para crear y cambiar las leyes. Este hecho decanta en dos resultados evidentes en la novela: tal libertad lo inmuniza de señalamientos y le da vía libre para manipular la constitución de las reglas a su favor, y en segunda instancia le permite propiciar el caos y la guerra prevista por Hobbes en el estado previo a su delegación.

El caos y la guerra mencionados, son en realidad el arma que el régimen ha encontrado propicia para mantener el orden social anhelado: hace creer en una guerra falaz (contra *Eurasia*), con el fin de asegurar el verdadero caos que se libra a pesar de que el pueblo no tome conciencia de ello, el del hombre contra el hombre. El fin de este último y veraz conflicto recae en el hecho de que sólo de esta manera se garantiza la ortodoxia, a modo de un panóptico conformado por los ojos de los mismos ciudadanos; que creyendo encontrar desertores o sospechosos aliados con el enemigo, hallan en realidad las fallas en el sistema,

es decir, hombres y mujeres que representan un peligro para el Estado y el soberano al dar indicios de un pensamiento autónomo y alejado del políticamente correcto, que a futuro podrían propiciar la rebelión y derrumbar el perfecto constructo de mentiras en el que se basa el *Partido*.

Cabe entonces, preguntarse si bajo ese último aspecto el soberano de esta distopía es realmente un Leviatán hobbesiano. Lo es, pues a pesar de que el trasfondo de sus intenciones y acciones sea indudablemente bélico y egoísta, los ciudadanos lo perciben como lo contrario, pues previamente se han condicionado para pensar de esa manera (gracias a la neolengua), de modo que para ellos no hay lugar a dudas acerca de la imparcialidad y justicia que el *Partido* ejerce.

Según Hobbes, el poder soberano no hace desaparecer el estado de naturaleza, pues como el paliativo que es, solamente logra atenuarlo o controlarlo, bajo el objetivo de una vida social armónica. “La instauración de un poder soberano sin embargo, y conviene no olvidarlo, no hace desaparecer al estado de naturaleza sino que simplemente lo atenúa” (Iturralde, 2015, 79). Un orden curioso de los hechos lo encontramos en la novela, donde el soberano aparentemente controla bajo un socialismo, la avaricia de los ciudadanos y logra evitar las pasadas confrontaciones por el tener. Como todo en la obra, esto es solo una máscara; pues el verdadero estado de naturaleza hostil, egoísta y carnívoro lo encontramos en el Estado mismo, quien se inmuniza bajo el poder y crea el escenario propicio para ejercer su voluntad corrupta sin ser señalado.

Según Iturralde “Para Hobbes la naturaleza dista de ser idílica, en realidad es salvaje y primitiva” (Iturralde, 2015, 79). ¿Puede entonces el soberano volcarse hacia el salvajismo? ¿Hasta qué punto los salvajes en *Oceanía* son los ciudadanos si son los gobernantes

quienes luchan animalmente por el control y el poder? El soberano, en la diégesis orwelliana como en la realidad, es completamente capaz de volcarse hacia tal salvajismo, pues él mismo está conformado por muchos hombres, o es la cabeza de un movimiento. Tal condición humana lo provee de todas las facultades para ejercer la ferocidad, como los ciudadanos pueden hacerlo sin su dirección. Y en efecto la ejerce, de maneras imperceptibles para quienes han blindado su capacidad crítica como sucede en la novela. Así, y en términos hobbesianos, en *1984* el verdadero lobo del hombre es el soberano. De tal manera, el estado de naturaleza solamente está camuflado bajo una aparente civilización en la que los ciudadanos confían; pero el soberano sabe inexistente de su parte y sin embargo, muy bien oculta y efectiva para sus fines.

3.2.2 Objeto de deseo

En medio de su concepción del ser humano como eje principal de la posterior constitución de una sociedad, Hobbes asegura que todos somos movidos bajo las mismas pasiones y aversiones, para dar sustento a ello se basa de nuevo en el materialismo y el determinismo, al dar por hecho que nuestros organismos y psiquis son de idéntica composición. Siendo así, resalta el filósofo, que lo único que varía entre un ser humano y otro - y marca los grandes brechas de pensamiento y acción - es el objeto de deseo:

Lo que de algún modo es objeto de cualquier apetito o deseo humano es lo que con respecto a él se llama “bueno”. Y el objeto de su odio y aversión, “malo”; y de su desprecio, “vil” e “inconsiderable” o “indigno”. Pero estas palabras de bueno, malo y despreciable siempre se usan en relación con la persona que las utiliza. No son siempre y absolutamente tales, ni ninguna regla de bien y de mal puede tomarse de la naturaleza de los objetos mismos, sino del individuo (Hobbes, 1994, 42).

Indudablemente, nos atrae el placer de la misma manera que generamos rechazo hacia el dolor o la inconformidad. Sin embargo, el punto clave reside en lo que produce lo uno o lo otro, pues este factor varía totalmente de un hombre a otro. En este aspecto entra a jugar la cosmovisión individual como producto de diferentes experiencias previas que nunca serán idénticas a las de un congénere. Es el caso por ejemplo de las fobias, lo que a alguien puede parecer aterrador gracias a vivencias de las que se tenga o no conciencia, a otro puede tenerle sin cuidado; a pesar de que su constitución física y mental -como lo plantea Hobbes en un principio- sea equivalente.

Establecido lo anterior, entraremos a analizar cuál es entonces el objeto de deseo en la novela. Para ello, se debe tener en cuenta las tres cosmovisiones diferentes que encontramos en *1984*, y frente a las que estamos a lo largo de toda la lectura: el *Partido*, *Oceanía* y Winston. Pues si bien se dijo anteriormente que el objeto de deseo dista de un hombre a otro, en este caso tomaremos la agremiación de los mismos en los dos entes sociales de la distopía, el *Partido* y *Oceanía*; pues el análisis que se pretende no subyace en la subjetividad de los individuos mencionados, si no en las aspiraciones políticas de los mismos. Por su parte, Winston se halla conflictuado en medio de ambas moles, al no lograr identificarse con ninguna de ellas se le estudiará individualmente. Así, se determinará qué situaciones complacen y qué hechos repudian a los tres actores, para así establecer el objeto de deseo de cada uno.

En cuanto al *Partido*, los motivos de agrado y de disconformidad parten del control ideológico. Al *Partido* le complace fundamentalmente el poder, como efecto inmediato de ello, le agrada poseer completo manejo de la mentalidad y las acciones de los ciudadanos a fin de asegurar su permanencia en el mismo. En contraste, aborrece todo lo que lo aleje de

tal objetivo, por lo mismo ha creado tan sólido constructo social con el fin de filtrar cualquier amenaza hacia su estabilidad en el poder. En consecuencia, podemos afirmar que el objeto de deseo del *Partido* estriba en la consecución del poder y la permanencia del mismo sin importar los medios o la veracidad de estos. Y aún menos importancia tiene el bien común del pueblo, pues su equilibrio va en contra del objeto de deseo.

Acerca de *Oceanía*, hallamos que es una sociedad que – como cualquier otra - halla placer en la armonía, sin embargo, en su caso específico tal armonía depende del estado de guerra en el que se encuentra, o cree encontrarse. Por tanto, su objeto de deseo inmediato en el momento de la narración, es la destrucción del enemigo como primer paso hacia el sosiego que se pretende; este en consecuencia, representa el motivo de desagrado. Ante ello, la comunidad ha decidido confiar en el Estado como protector que vela por sus intereses, por lo que se sigue todo lo que este estipula en pro de alcanzar la paz. El motivo de desagrado entonces, no sólo reside en el enemigo per se (*Eurasia* o *Esteasia*), sino en todo lo que represente un nexo con el mismo. Es por ello que el rechazo se ha extendido también hacia algunos ciudadanos pertenecientes al mismo orden, pues bajo la sospecha entran a constituir una representación del contrincante dentro de la nación. El objeto de deseo de *Oceanía*, es entonces la paz (ante un estado de guerra ficticio) a pesar de que - como su lema lo indica - la búsqueda de esta equivalga a la guerra consigo misma.

Por su parte, Winston representa junto a Julia los únicos individuos en la novela que ejercen una visión propia y crítica de la situación política. Enfocados en el protagonista, encontramos que halla placer en conocer la verdad, pues no concibe la paz de su comunidad ni la armonía de su espíritu en medio de las falacias que intuye en el orden social. Por consiguiente, lo que produce horror y rechazo en Winston es la idea de encontrarse manipulado

y pasar su vida defendiendo una causa falsa. Entonces, el objeto de deseo de Smith, es el dismantelar las mentiras del *Partido* con el objetivo de emanciparse y liberar a sus compatriotas del fascismo que los domina.

Aceptadas las anteriores tres visiones y puestas en perspectiva, se puede comprender de manera global la naturaleza del conflicto en la novela. Claro está, para el análisis aquí realizado, el conflicto no consiste en el falso y explícito (*Oceanía* vs. *Eurasia*), sino en la implícita confrontación de poderes y deseos que representa la lucha del Estado por mantener la homogeneidad de pensamiento.

Así entonces, el *Partido* desea el poder, *Oceanía* busca la paz y en medio de ambos, Winston, se moviliza tras su sed de verdad. La relación entre los tres actores es sencilla: el *Partido* y *Oceanía* se complementan entre sus deseos y las posibilidades que el uno ofrece al otro (protección y obediencia respectivamente), así se establece una relación de conformidad en la que cada parte obtiene el beneficio aspirado. Sin embargo, Winston, que a pesar de pertenecer a ambos no termina de ajustarse a ninguno de estos dos órdenes; no encuentra la realización de su objeto de deseo más que por sus propios medios, en su lucha individual por alcanzar la verdad.

Esto, dado que tal realización no la encuentra factible por parte del Estado de quien sabe le oculta la realidad, ni de *Oceanía* que ciegamente acepta verdades a medias. Del mismo modo, Winston no se encuentra en condiciones de cumplir las expectativas de ninguna de las dos partes: ni obedecer sin criterio bajo el estandarte de una paz irrisoria, ni hacer parte de una masa que se mueve sin rumbo y sin sentido común.

“No hay en efecto y de ordinario, un signo más claro de distribución igual de una cosa, que el hecho de que cada hombre esté satisfecho con la porción que le corresponde” (Hobbes, 1994, 101), ante la anterior aseveración del filósofo, cabe preguntarse ¿bajo qué expectativas el ciudadano de *Oceanía* puede sentirse satisfecho? Evidentemente tal satisfacción en cualquier contexto, se da en aras del cumplimiento del objeto del deseo, sea este cual sea. En el caso específico de la novela, la sociedad se considera plena al saberse segura, protegida y en armonía (la porción que le corresponde), a pesar de que tal armonía sea una contradicción en sí misma.

Sin perder de vista lo citado, podríamos plantearnos la otra cara de la cuestión: ¿Por qué Winston difiere de tales expectativas? La inconformidad de Smith se sustenta bajo la clara distancia entre su objeto de deseo y el de las personas que alrededor suyo habitan. Cuáles son, ya lo sabemos; sin embargo, cabe recordar las razones de tal diferencia, si no entonces ¿por qué Winston siendo un ciudadano condicionado tal como el resto presenta tal alteridad? La razón se encuentra en los tópicos que hemos rastreado hasta este punto del estudio, pues son los que marcan el punto de quiebre entre la conciencia de Winston y la conciencia colectiva.

En breve, porque Winston se permite un criterio propio a través de pequeños actos de rebeldía en pos de su libertad, como lo son el rechazo a la neolengua, al doblepiensa, el permitirse el lujo de escribir un diario o de leer un manifiesto. Estos hechos crearán entonces, unos métodos de razonamiento y unos resultados del mismo totalmente diferentes a los de sus conocidos. Ello, lo llevará a sentir insatisfacción con “su porción”, es decir, desigualdad, pues sospecha que el orden establecido no es imparcial ni sincero; y como suma

de todo lo anterior, se verá motivado a perseguir la verdad y la libertad como su objeto de deseo particular.

De acuerdo con lo anterior, la disidencia que Winston entra a ejercer - y se analizará con detalle en el siguiente capítulo- tiene su origen en un objeto de deseo que difiere de los demás. A partir de ello se genera lo que anteriormente estudiamos en Rawls como el “des-equilibrio de intereses”, lo que en contraste con Hobbes sería la mencionada brecha entre un deseo y otro.

3.3 De los monstruos artificiales: La vida bajo la sombra del *Partido*

Siguiendo a Hobbes, el *Partido* como institución de poder debe velar por la armonía y evitar el estado bélico. En contraste, en *Oceanía*, se persigue la guerra como motor de vida, pues se avala la idea de que “la guerra es la paz”, es decir, el estado perpetuo de guerra ha sido adoptado por los ciudadanos como un presente deseable y justo, toda su cotidianidad gira en torno a ello, convirtiéndolo en su propia concepción de equilibrio y armonía. Tal realidad halla su base en la programación mental ejercida por la Neolengua.

Se podría pensar en el estado bélico orwelliano como uno sano desde el punto de vista del *Leviatán*, en la medida en que responde a ataques exteriores a la nación y pretende la seguridad de la misma. Esto en teoría, pues a medida que el lector avanza en la novela comprende que la amenaza exterior es sólo una ficción que permite mantener el control interno de *Oceanía* y enaltecer el quehacer del *Partido*. De esta manera, se confía en una unidad nacional a la vez que se persigue un enemigo ficticio; sin embargo la guerra patente tiene lugar en el propio territorio y en contra de sí mismos.

La desconfianza mutua deviene desde el mismo Estado, quien con su omnipresente figura del *Hermano Mayor* instaura la constante sospecha como modo natural de vida en sociedad. De esta manera y junto a la Neolengua se asegura el control absoluto desde el ejercicio mental hasta el más nimio movimiento que capten las telepantallas. Aún así, no son estas los únicos ojos que tiene el *Partido*, bajo el argumento de la supuesta guerra y la falsa existencia de la hermandad, se educa al pueblo para ejercer día y noche como vigía y delator de sí mismo. Así lo confirma Martorrell en su tesis doctoral:

La paranoia del Leviatán distópico tiene una razón de ser: la masa siempre puede albergar átomos disidentes. De ahí que quepa extremar las precauciones y construir un vasto dispositivo de vigilancia en el que participen todos los súbditos y las tecnologías más avanzadas (Martorrell, 2015, 268).

En breve, el Estado orwelliano, como cualquier otro, ha sido conformado en búsqueda de la estabilidad social; sin embargo, y sin que la obnubilada masa lo sospeche, el Leviatán de *Oceanía* (*Partido*) se ha vuelto contra la misma ciudadanía, lejos de protegerla encarna en ella a su principal enemigo, pues la gran amenaza del *Partido* es el despertar de la conciencia. El Estado desconfía de sus súbditos, los ciudadanos desconfían de su vecino, e incluso de sus familiares. La cabeza de este Leviatán se devora a sí mismo, motiva a que los órganos de su mole se ataquen entre sí, y aún así mantiene el equilibrio gracias a la ficción de que el ataque proviene del exterior

Las leyes de naturaleza (tales como las de justicia, equidad, modestia, piedad y, en suma, la de haz a otros lo que quieras que otros te hagan a ti) son, por sí mismas, cuando no existe el temor a un determinado poder que motive su observancia, contrarias a nuestras pasiones naturales, las cuales nos inducen a la parcialidad, al orgullo, a la venganza, y a cosas semejantes (Hobbes, 1994, 137).

El poder soberano de acuerdo con el filósofo, debe eliminar la desconfianza natural entre los ciudadanos, garantizando así la seguridad de la comunidad por medio del pacto de no agresión que establecen los miembros de una sociedad al delegar su capacidad de violencia individual en un gran Leviatán, es decir, el gobierno. De esta manera se conforma el *poder soberano* sobre la base de la violencia individual ahora aglutinada en una cabeza política. Gracias a tal transferencia de poder, este Leviatán y las penas que impone son temibles para quien las infrinja, “sólo el miedo al castigo que nos pueda infligir este gigante nos empuja hacia la civilización” (Iturralde, 2015, 94).

En la novela, los ciudadanos efectivamente han delegado su facultad de violencia en el *Partido*, pues al encontrar un acto indebido o sospechoso, no toman la justicia por sus manos sino que informan al ministerio encargado, sabiendo que el castigo que este impondrá será ejemplar y por tanto, mayor del que se podría haber logrado por medio de la violencia individual. Así, se cumple el pacto de no agresión, confiando en la violencia delegada al poder.

Y, sin embargo, lo cierto era que si Syme hubiese intuido, aunque fuese por espacio de tres segundos cuál era la naturaleza de las opiniones secretas de Winston, lo habría denunciado al instante a la Policía del Pensamiento. Igual que habría hecho cualquier otro, aunque Syme con más ahínco. El celo no era suficiente. La ortodoxia es la inconsciencia. (Orwell, 2015, 64).

Sin embargo, la obnubilación continúa siendo el eje de estas dinámicas de poder y temor: Las infracciones castigadas no encarnan ningún delito per sé por fuera de la existencia del mismo Leviatán (*Partido*), estas son afrentas cometidas en contra del mismo gobierno que se ha conformado; no contra los individuos naturales. Así, el manejo del poder se torna en un ciclo donde los intereses individuales se transforman en un solo interés estatal.

En este orden de ideas, no es el gobierno quien sirve al pueblo y a sus necesidades; es la ciudadanía quien centra toda su energía en satisfacer las expectativas del *Partido*, bajo la creencia de que ese es el mejor orden social posible, y como tal, garante de su estabilidad.

3.3.1. Cómo nace el poder absoluto

En consonancia con Rawls, y como lo harán más adelante otros filósofos contractualistas como Locke, Rosseau y Schmitt, Hobbes concibe el origen de la sociedad civil como fruto del acuerdo denominado contrato social, mediante el cual se canjean ciertas libertades del hombre primitivo por la promesa de seguridad, paz y unidad social. En el capítulo 17 del *Leviatán*, Hobbes asegura que mediante el contrato se reducen todas las voluntades a una sola (Hobbes, 1994, 140). En ese sentido, la voluntad del pueblo se unifica en la ejercida por el Estado a favor de los mismos, de su protección, seguridad y cooperación. A pesar de ello, tal contrato contextualizado en la diégesis Orwelliana, responde primera y fundamentalmente a las necesidades y a la voluntad del gran *Leviatán* representado en el *Partido*.

Los ciudadanos comulgan con el orden establecido seguros de que este cumple sus expectativas, movilizados por una sensación de seguridad brindada entre otros métodos, por las telepantallas y una fe en el progreso que aparenta certeza por medio de la manipulación de la historia ejercida en el Ministerio de la verdad. De este modo, se cree firmemente en el *Partido* como entidad justa y protectora.

A pesar de la validez que ello tiene en la narración (estableciendo la escisión propuesta en el capítulo II de este estudio, sobre el ver los acontecimientos desde la perspectiva de los personajes), al volver a la inevitable visión lógica e imparcial del lector, se entiende que la manipulación ha sido tal que se ha trastocado el contrato social, permitiendo de este modo la prevalencia de la voluntad e intereses del *Partido*.

Esto, resulta sencillo mediante un proceso de mentalización que lleva al pueblo a defender la causa gubernamental como propia, sin antes analizarla críticamente. Entonces, el Estado da la ilusión de cumplimiento hacia la ciudadanía cuando en realidad es esta quien encamina cada acto de sus vidas en función del *Partido*.

Adjunto a ello, y previamente establecida la práctica del objeto de deseo en la diégesis, a la par de la transferencia de derechos por parte de la ciudadanía hacia el soberano, se encuentra también una transferencia de deseos; pues en él se depositan todas las esperanzas a las que el individuo pueda aspirar, y se confía en que este dará cumplimiento justo de las mismas. En el caso de la novela, y analizando la verdadera naturaleza del soberano como se ha venido haciendo hasta este punto, encontramos que tal transferencia de deseo toma lugar en sentido contrario. Es el soberano quien transfiere sus miedos y anhelos al pueblo, de maneras sutiles pero eficaces por medio de los elementos de coerción y control ya analizados. Así, la masa cree movilizarse en pos de la consecución de su equilibrio, cuando en realidad tal moción apunta solamente a alcanzar los objetivos del *Partido*, que se basan en mantener el control ideológico por medio de falsedades.

Para Hobbes el objetivo de fundar un contrato social subyace en la armonía a la que todo ciudadano aspira, como consecuencia inmediata tenemos entonces una comunidad libre de desconfianza y de temor hacia sus pares. Antes de llevar tal supuesto a la novela,

cabe recordar que en ella la obediencia garantiza el orden establecido, pues sin esta se abre la puerta al cuestionamiento del mismo y este a su vez representa la gran amenaza del *Partido*: El pensamiento autónomo.

Uno de los métodos ejercidos por el *Partido* con el fin de vigilar tal renuncia consiste en la ciudadanía como espía de sí misma, así se fortalecen las técnicas ya invasivas de vigilancia y control mental. Bajo tal premisa, hallamos en la novela el cumplimiento de lo teorizado por Hobbes, sin embargo, modelado de acuerdo con los intereses del *Partido*: En *Oceanía* el contrato refuerza el miedo y la desconfianza mutua. Así se cumple a cabalidad la máxima Hobbesiana del hombre como lobo de sí mismo: aún con un pacto social a cuestas, el *Partido* lo usa como herramienta para promover la desconfianza y la entrega de sospechosos como garantía del orden promulgado.

Sin embargo, y como lo hemos constatado en apartados anteriores, este hecho a pesar de contradecir en apariencia la teoría filosófico-política, a su manera retorcida pero certera da perfecto cumplimiento de la misma.

3.3.2 Anatomía del poder

Según Hobbes, el poder se configura en los medios presentes para obtener un bien y puede tratarse de un poder natural, como la belleza o la inteligencia, un poder instrumental, como herramienta para conseguir más del mismo, o un poder mayor constituido por fuerzas sociales unidas (Cfr. Hobbes, 1994, 69). A este respecto, encontramos en *1984* la representación de cada uno de ellos, el natural en Winston, quien posee, desarrolla y expone una capacidad mental aguda y avanzada en comparación con el resto de ciudadanos de *Oceanía*,

sin embargo, su objetivo es utilizarlo de modo instrumental – tal como Hobbes lo concibe – es decir, la inteligencia como medio para obtener claridad de la situación política.

El mayor de los poderes humanos es el que se integra con los poderes de varios hombres unidos por el consentimiento en una persona natural o civil; tal es el poder de un Estado; o el de un gran número de personas, cuyo ejercicio depende de las voluntades de las distintas personas particulares, como es el poder de una facción o de varias facciones coaligadas. Por consiguiente, tener siervos es poder (Hobbes, 1994, 69)

En cuanto al poder de las fuerzas unidas, este se hace evidente en la servil adoración manifiesta de los ciudadanos hacia el *Partido*, comunidad que tal como Hobbes lo expone, depende de las voluntades de las cabezas del Estado. Esto lo vemos reflejado en la aceptación de la historia manipulada que, aun siendo conscientes de ello, no se cuestiona ni se juzga, sólo se obedece, accediendo a borrar de la memoria personal y colectiva los hechos que no favorecen el honor de *Oceanía*. Gracias a esto, se obtiene la *reputación del poder*, que como Hobbes lo especifica, se trata de la consecución de adhesión y afecto del pueblo en medio de su necesidad de protección (Hobbes, 1994,69). En el caso orwelliano, tal necesidad es tan vasta que se aceptan las artimañas mediáticas empleadas por el *Ministerio de la verdad*, con el fin de contar con las evidencias suficientes para depositar toda la confianza en el *Partido*, y de este modo, sentirse protegido; pues el éxito es poder (Hobbes, 1994,70) en la medida que confiere al Estado la reputación de sabiduría y don de mando, eliminando así cualquier espacio para la duda. Del mismo modo, Hobbes expone el valor o la estimación como consecuencia de la necesidad y juicio del otro (Hobbes, 1994,71), en la aplicación a 1984, comprendemos la necesidad del pueblo de *Oceanía* de garantizar su protección en tiempos de guerra, aunque para ello deba recurrir a una auto inducida amnesia colectiva, pues esta hace parte de los estándares de juicio o razón aceptados públicamente.

Para comprender mejor esta situación, ampliaré los conceptos obediencia y honor con base en Hobbes, indispensables para dimensionar su concepción del poder. Obedecer es honrar, porque ningún hombre obedece a quien no puede ayudarlo o perjudicarlo. Y en consecuencia, desobedecer es deshonorar (Hobbes, 1994,71). En 1984, sólo el Estado o el *Partido* merecen toda la honra del pueblo, los ciudadanos tienen menos honra, y por tanto menos valor que el *Partido*. Esto queda evidenciado en el acto de entrega de disidentes, práctica sembrada en los niños desde su más tierna edad, al motivarlos a entregar a sus padres de ser necesario por lealtad al *Partido*. Sin importar la filiación, prima la honra al *Partido* sobre la familia, la amistad o el amor.

Paralelo a esto, encontramos la afirmación que el filósofo hace sobre los motivos de la honra: Mostrar cualquier signo de amor o temor a otro es honrarlo; porque ambas cosas, implican aprecio. “Suprimir o disminuir el amor o el temor, más de lo que el interesado espera, es deshonorar, y, en consecuencia, estimarlo en poco” (Hobbes, 1994, 72). Se desprenden entonces de este planteamiento dos motores de estima; el amor como aprecio positivo y el temor como aprecio negativo, que a pesar de su diferencia fundamental actúan de igual manera al dotar de honra y por consiguiente valía y respeto al Estado. Ambos constituyen para Hobbes una herramienta de orden público, incluso en su extremo más negativo motivado por el miedo. Es por esto que suprimir el amor por el Estado es tan delicado para Hobbes como suprimir el temor hacia el mismo, ambas pulsiones mantienen el equilibrio social.

Esta es la falta en la que incurre Winston, suprime ambas, primero el amor al cuestionarse la maquinaria política, y luego el temor al decidir unirse a la hermandad; libre de estos grilletes puede pasar de la honra al *Partido* a la deshonor, gracias a la consciencia

recién adquirida de su propio poder – la razón – con el que tratará de derribar los falsos constructos del *Partido*.

Llegados a este punto es propicio considerar brevemente dos conceptos más de Hobbes: Equidad y justicia. Para el pensador, la falta de equidad en un Estado es deshonrosa y más aún, si es acompañada por la astucia para alcanzar sus propios fines (Hobbes, 1994,74). Es exactamente esta la línea de pensamiento que sigue Winston, al ser consciente de la inequidad del *Partido* hacia el pueblo, decide despojar en su fuero interno al Estado de la honra que antes le dispensaba. En cuanto al concepto de justicia, Hobbes plantea sucintamente que poco tiene que ver con la honra, No altera el caso del honor el hecho de que una acción sea justa e injusta: porque el honor consiste solamente en la opinión del poder (Hobbes, 1994,75). De este modo, hallamos un desbalance entre lo considerado justo para Winston (equidad) y lo justo para el *Partido* (obediencia), desequilibrio que conducirá a nuestro protagonista hacia la disidencia.

A pesar de ello, es importante hacer la salvedad de que la desobediencia civil no tiene validez en la filosofía hobbesiana y su visión utópica de la sociedad, si bien da cabida a la posibilidad de inequidad y deshonra del Leviatán, prevalece siempre su poder absoluto contra el cual ningún súbdito puede sublevarse; en tal caso deberán buscarse alternativas para la sucesión del poder, pero nunca a causa de la rebeldía del pueblo.

3.3.3 Los derechos del soberano y los peligros del absolutismo.

Siguiendo la línea hobbesiana anteriormente establecida, entendemos la preeminencia del soberano como la única solución que el filósofo plantea ante el estado de naturaleza

humano. Así, se concibe como el orden más justo y menos amenazante para el ciudadano, pues este logra equilibrar los miedos mutuos garantizando la estabilidad social donde los derechos y los deberes se establecen uniformemente para finalmente abolir la hostilidad natural como madre de toda violencia.

Tal soberano o Leviatán, es representado en Orwell mediante la composición del *Partido* y la figura del *Hermano Mayor* a su cabeza; pues tal como en la utopía hobbesiana se concibe este como la aglomeración de ciudadanos que en lugar de dividirse deciden unir sus fuerzas y derechos en un líder común, en *Oceanía* se delegan tales aspectos en el *Partido*. Referente a ello, es importante recordar que todo oficio ejercido por los ciudadanos de la novela alimenta de una manera u otra el engranaje social que se ha pactado, es decir, todo acto decanta en el fortalecimiento del *Partido* y la guerra como fin conjunto, formando así el coloso de muchos seres en uno que es el Leviatán para el imaginario de Hobbes.

Cabe, sin embargo, preguntarse ¿De qué protege el Leviatán a los ciudadanos? ¿Del ataque exterior o de sí mismos? En la concepción Hobbesiana resulta evidente que los protege de su propia hostilidad; pero visto desde la ficción orwelliana, el *Partido* construye un falso enemigo para alejar la atención de la verdadera amenaza: él mismo.

La teoría hobbesiana presenta una peligrosa asimetría al determinar en su capítulo XVIII que el soberano queda por fuera de las obligaciones del contrato social, y por tanto no se le puede juzgar, ni señalar de injusto en ninguna situación: “resulta que cualquier cosa que el soberano haga no puede constituir injuria para ninguno de sus súbditos, ni debe ser acusado de injusticia por ninguno de ellos” (Hobbes, 1994, 195). Así, Hobbes avala un régimen absolutista donde la parcialidad es ley, pues el soberano se halla exento de las

normas conciliadas para el bien común y por tanto cualquier acto del mismo debe ser aceptado como legítimo, sin espacio para el debate o la negación.

En el poder hobbeshiano, no existen garantías que velen por las injusticias que el Estado pueda cometer sobre sus súbditos, tal como sucede en 1984. Entendemos entonces, que este molde social es completamente congruente con el pactado en *Oceanía* y representado en el *Partido*, en todas las disposiciones del poder reflejadas por Orwell, incluso, la que resulta más impactante ante el lector: El poder inicuo y absoluto del Estado.

¿Cómo logra entonces, el *Partido* configurar el orden social propicio para tales fines? Para ello decreta la estructura del poder de manera que no quede intersticio en el cual no tenga potestad absoluta, ni siquiera la conciencia de sus súbditos. Parte fundamental de tal estructura son los cuatro ministerios que controlan todos los aspectos sociales de *Oceanía*, y que ya han sido estudiados en el II capítulo de este estudio. Los retomaremos en este punto para determinar los puntos de apoyo que encuentra el *Partido* en contraste con los derechos que Hobbes establece para el soberano en el capítulo XVIII de *Leviatán*, para ello tomaremos los ocho principales:

Derecho absoluto del soberano o Leviatán:	Representado en 1984 por:
Derecho a la censura.	Ministerio de la Verdad.
Derecho a instruir y educar de acuerdo a sus estatutos.	Ministerio de la Verdad.
Derecho a decidir lo que se considera bueno o malo.	Ministerio del Amor.
Derecho a decidir sobre lo justo o injusto y juzgar sobre ello.	Ministerio del Amor.
Derecho a decidir la doctrina aceptada.	Ministerio de la Verdad.
Derecho a declarar la guerra o la paz.	Ministerio de la Paz.
Derecho a manejar la administración pública.	Ministerio de la Abundancia.
Derecho a intervenir en la economía.	Ministerio de la Abundancia.

Tabla 1. Derechos del soberano en 1984.

Así entendemos el trastrocamiento de sentido que tiene lugar en la formación misma del Estado de *Oceanía*, y cuánta similitud guarda las verdaderas intenciones del *Partido* a través de los ministerios frente a los derechos que Hobbes confiere al soberano de su gobierno ideal. A la misma conclusión llega Goldstein en su manifiesto:

Incluso los nombres de los cuatro Ministerios que nos gobiernan exhiben con descaro esa tergiversación intencionada de la verdad. El Ministerio de la Paz promueve la guerra; el Ministerio de la Verdad miente; el Ministerio del Amor tortura; y el Ministerio de la Abundancia favorece el hambre. Dichas contradicciones no son casuales ni el resultado de una vulgar hipocresía: son ejercicios premeditados de doble-piensa. Pues el poder solo puede conservarse de manera indefinida mediante la reconciliación de las contradicciones. (...) Si se quiere impedir para siempre la igualdad humana, la condición mental predominante debe ser una demencia controlada (Orwell, 2015, 229).

Esta es pues, la estructura concebida por Orwell para hacer de su régimen absolutista un éxito ficcional. Resulta innegable la similitud que guarda respecto a las concepciones hobbesianas de poder y soberanía. Más aún, el detonante que es en la novela la rebelión ejercida por Winston, es también acallada por Hobbes: el filósofo niega rotundamente toda posibilidad de desobediencia civil, pues tal ejercicio desmentiría el poder total del soberano, viéndose entonces obligado a doblar su omnipotencia a favor de un cambio social; es decir, aceptar su falibilidad. Tal posibilidad, de acuerdo con lo expuesto recientemente, no cabe en el régimen parcial y absolutista planteado por Hobbes y retratado por Orwell.

Sin embargo, a pesar de que ni el *Partido* ni Hobbes contemplen la posibilidad de disidencia, tal rasgo adquiere un lugar muy importante en *1984* y es necesario analizarlo como el resultado de los aspectos hasta aquí tratados: poder y justicia. Pues el manejo de los mismos en la novela es la causa de que Winston ejerza su revolución individual. Para

dar cumplimiento a tal análisis, volveré ahora a la teoría rawlsiana, en consonancia con los postulados de Thoreau.

Antes de ello, es importante precisar las razones de este cambio de óptica, pues no significa que en este punto 1984 ya no sea compatible con la teoría hobbesiana, sino todo lo contrario, es absolutamente congruente con ella, visto desde el Estado. El *Partido*, como ha sido determinado, sigue a cabalidad la estructura del poder expuesta por Hobbes, tanto así que llegan ambos a negar al unísono la posibilidad de la rebelión. Sin embargo, tal ejercicio contestatario se da desde el individuo, por tanto poco tiene que ver a partir de ahora las cuestiones masivas del poder y la justicia; pues lo que se hará es una lectura de tales cuestiones desde la visión personal del disidente.

CAPÍTULO IV

Disidencia, Winston frente a Rawls y Thoreau

La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo
– H. D. Thoreau.

Con base en lo anteriormente delimitado, pasaremos ahora a Thoreau y a Rawls - quienes en su visión política dan cabida a la disidencia como parte del progreso de un pueblo- como fundamento teórico de la visión social de Winston, tal como se hizo con *Oceanía* desde Hobbes, entendiendo que la novela nos ofrece ambas cosmovisiones (el pueblo y el *Partido* vs. Winston) y así mismo serán aquí tratadas en su heterogeneidad. Es decir, las concepciones políticas de *Oceanía* y del *Partido* son compatibles con las hobbesianas, mientras la posición del disidente (Winston) permite una lectura desde Rawls, apoyado a su vez en las ideas que Thoreau establece al respecto.

4.1 Disidencia rawlsiana

Una vez determinados los principios de la concepción de justicia rawlsiana, y esclarecidas las formas de poder ejercidas en la novela en consonancia con lo planteado por Hobbes, podré ahora detenerme sobre las nociones de desobediencia civil avaladas por el primero, con el fin de contrastar las mismas frente a la figura de disidente creada por Orwell.

Para dar firmeza a sus planteamientos, antes de apelar a la idea de desobediencia civil, Rawls parte de la noción de *persona* como unidad mínima y vital de toda sociedad, así

como la cultura pública a la que esta se adhiere por medio del contrato social. A continuación se ahondará en estos tópicos como fundamento de las reflexiones que manifiesta todo ser que ejerza la desobediencia civil del modo rawlsiano. Con base en ello se revisará entonces la caracterización que la justicia adquiere en la novela de Orwell, teniendo en cuenta que hasta lo estudiado en el II capítulo de este análisis, se determinó un régimen aparentemente justo dentro de su diégesis. Ahora entonces, se concluirá tal aspecto, apoyados ya por una visión más amplia de la situación de *Oceanía* donde se deja de lado el estado idealista de la sociedad, para contemplar lo que sucede en medio de una situación conflictiva, con el fin de determinar si aún en tal situación sigue habiendo justicia en el orden social de la ficción presentada.

Todo lo anterior para establecer un juicio en el que se sustenten las razones de disidencia del protagonista a la luz de lo justificado por Rawls en cuanto a tal movimiento político.

4.1.1 Persona política y cultura pública.

En la obra *Liberalismo político* (1993), Rawls expone su visión contractual de la justicia, en la que concibe al ser humano sustraído de una noción universal o generalizada, pues desde la perspectiva del filósofo, se debe estudiar al hombre en su contexto particular. En términos de Rawls, se debe comprender la *persona*, así como la *cultura pública* en la que se cimientan las normas que le rigen, como fuentes de una idea local del ser, íntimamente ligada a los acuerdos, permisos y restricciones registrados en la documentación de las instituciones particulares de su entorno.

Es por ello que considero esencial partir del concepto de *persona* o ciudadano como piedra angular de cualquier sociedad, para posteriormente pasar a analizar el concepto de desobediencia civil que expone el filósofo. Recordemos la clara definición que Rawls hace en torno a la persona:

Una persona es alguien que puede ser un ciudadano, es decir, un integrante normal y cooperador de la sociedad durante toda una vida (...) La idea básica consiste en que, en virtud de sus dos poderes morales (la capacidad de tener un sentido de la justicia y de adoptar una concepción del bien) y de los poderes de la razón (de juicio, de pensamiento, y la capacidad de inferencia relacionada con estos poderes), las personas son libres (Rawls, 2002, 42).

Así, el filósofo establece dos poderes morales como la base de todo ciudadano. A saber, esta dupla consiste en la capacidad de tener un sentido de la justicia, y la de adoptar una concepción del bien. La primera, hace referencia a la comunión que el ciudadano debe hallar entre los deseos de su fuero interno y el ejercicio de la justicia propia del grupo social al que pertenece o “la capacidad de entender, aplicar y actuar según la concepción pública de justicia que caracteriza a los términos justos de la cooperación social” (Rawls, 2002, 42).

Por su parte, el segundo poder moral subyace en la claridad de los fines perseguidos, es decir, las concepciones del bien o ganancias que deseamos alcanzar ya sea individual o cooperativamente: “la capacidad de adoptar una concepción del bien es la de conformar, examinar y buscar racionalmente una concepción de una ventaja o bien racional propio” (Rawls, 2002, 43).

Tenemos entonces frente a la novela, un Winston que se adapta parcialmente a la concepción de ciudadano establecida por Rawls. En contraste con su primer poder moral, encontramos la mayor discrepancia, pues el protagonista de *1984* no logra entender, aplicar

ni actuar conforme con la idea general de justicia de *Oceanía*. Lo hace por supuesto, bajo un instinto de conservación que lo empuja a simular adhesión a las normas; sin embargo, el lector conoce de primera mano, gracias a su diario, que la verdadera posición política de Smith está muy lejos de comulgar con el *Partido*. Tal brecha ideológica toma fuerza a medida que avanza la narración, hasta el punto de llevarlo a ejercer su manifestación.

En un momento de lucidez, Winston descubrió que estaba gritando con los demás y dando patadas con violencia contra el marco de la silla. Lo más horrible de los Dos Minutos de Odio no era que la participación fuese obligatoria, sino que era imposible no participar. Al cabo de treinta segundos se hacía necesario fingir (...) Y no obstante la rabia que sentía era una emoción abstracta y carente de finalidad que podía dirigirse de un objeto a otro como la llama de un soplete. Así, al cabo de un instante, el odio de Winston se concentraba no en Goldstein, si no por el contrario, en el Hermano Mayor, el Partido y la Policía del Pensamiento, n momento así su corazón estaba con el solitario y denigrado hereje de la pantalla, el único guardián de la cordura y la verdad en un mundo de mentiras (Orwell, 2015, 21-22).

En relación con su segundo poder moral, Winston desarrolla una concepción muy propia del bien, a partir de la brecha que ha establecido en el punto anterior a cerca de su concepción de justicia. Así, la ventaja o ganancia que toda persona política o ciudadano espera, según Rawls, es entendida por Winston de manera muy diferente a cómo sus iguales la conciben.

¿Y qué mejor indicio de que ese no era el orden natural de las cosas que a uno se le encogiera el corazón por las incomodidades, la mugre y la escasez, los inviernos interminables, los calcetines pegajosos, los ascensores que nunca funcionaban, el agua fría, el jabón áspero, los cigarrillos que se deshacían y la comida con sus sabores extraños y repugnantes? ¿Por qué todo iba a parecer tan insoportable a menos que uno conservara una especie de recuerdo ancestral de que las cosas habían sido distintas? (Orwell, 2015, 68-69).

A este respecto vale recordar el apunte que Rawls hace sobre el segundo poder moral:

Una concepción del bien consiste normalmente en un esquema más o menos definido de los fines últimos, esto es, de los fines que deseamos lograr por sí mismos; esquema, asimismo, de nuestros vínculos con otras personas y de nuestras lealtades a diversos grupos y asociaciones. Estos vínculos y lealtades hacen surgir devociones y afectos, por lo cual el florecimiento de las personas y asociaciones que son objeto de estos sentimientos también forma parte de nuestra concepción del bien (Rawls, 2002, 43).

De esta manera, para Rawls la consecución de los fines anhelados, va de la mano con las relaciones sociales que se establecen no sólo con los conciudadanos, sino también con las asociaciones o instituciones sociales de las que devienen los mismos fines. Tales afectos, en *Oceanía* están claramente dirigidos hacia el *Partido*, pues entre pares no hay ninguna cooperación ni confianza mutua, toda la devoción se direcciona a favor del *Hermano Mayor* y del *Partido* como motivo de toda acción realizada. Así, se entiende que la concepción del bien en la novela, depende tácitamente de lo estipulado por el *Partido*.

En cuanto a la sociedad, Rawls la determina como un sistema de cooperación guiada por los procedimientos públicos libremente aceptados por los ciudadanos que en ella habitan, con el fin de regular la conducta de los sujetos. Del mismo modo, la cabeza de la estructura social, es decir, los entes gubernamentales, son los encargados de repartir los bienes de manera equitativa e imparcial, esto para establecer una igualdad de condiciones que permita a cada quien ser responsable de sus logros (una visión hasta aquí congruente con Hobbes). En palabras del autor, empezamos, pues, por considerar la cultura pública misma como el fondo compartido de ideas básicas y principios implícitamente reconocidos (Rawls, 1993, 33).

De acuerdo con lo anterior, el modelo contractual rawlsiano es aplicable a la novela por ser poseedora de una *cultura pública* particular, legislada en instituciones estatales y

aceptada idiosincráticamente por la ciudadanía en general. Así como también se hace evidente la existencia de *persona política* como todo aquel que acepta los ideales del *Partido* como propios y adquiere un contrato de obligaciones con este. En 1984 encontramos una sociedad gobernada bajo los ministerios de *Amor, Paz, Verdad y Abundancia*, así como por la *Policía del Pensamiento* y el temible *Hermano Mayor*; siendo estas instituciones la base de la *cultura pública*, es decir, los entes reguladores en la diégesis propuesta. Este orden social restringe, prohíbe y sataniza el libre acceso a la cultura y a la expresión; sin dejar de lado uno de los elementos primordiales en 1984, el lema del *Partido* que, si bien no constituye una institución per se, ejerce el mismo efecto al radicar en un documento oficial de control psicológico que determinará las actitudes y creencias de los ciudadanos.

De tales instituciones y acuerdos devienen los procedimientos públicos libremente aceptados, que tienen como fin regular las conductas del ciudadano, o de la *persona política*. Por ejemplo, la misma adhesión a tales ordenes sociales, que al aparentar ser justos obtienen la consciente aprobación de la comunidad. De igual manera son públicamente admitidas las medidas de castigo hacia quien trasgreda tal *cultura pública*. Al adherirse deliberadamente a tales normas establecidas entre ciudadano y Estado, nace la *persona* en la medida que manifiesta su conformidad con las actitudes cívicas estipuladas.

En 1984 la adhesión a estas actitudes pactadas se manifiesta en la confianza absoluta hacia el *Hermano Mayor* y todo lo que ello conlleva, como el deber de entregar a un compañero, vecino o familiar del que se tenga sospechas de subversión; odiar al enemigo del *Partido*, implementando si es necesario el doblepiensa -para olvidar que el día de ayer la guerra se libraba contra *Esteasia* y hoy toda evidencia dice que siempre ha sido contra *Eurasia*-, aceptar la violación a la privacidad por medio de las *telepantallas*, y cómo no,

demostrar un profundo patriotismo recitando y creyendo en los eslóganes del *Partido* y haciendo parte de las manifestaciones diarias como los *Dos minutos de odio*.

Así entonces y siguiendo a Rawls, encontramos una *cultura pública* clara a la que el ciudadano se abraza en su nueva condición de ciudadano, creando así la base de una sociedad que -como lo veremos en el siguiente apartado- se abre al cambio y posibilita la desobediencia civil como parte de su evolución.

De ninguna manera se podría decir – desde la óptica del lector – que la novela implemente a este respecto un sistema injusto, o que la *cultura pública* orwelliana infrinja la adecuada distribución de beneficios, pues, aunque evidentemente lo hace, los procedimientos manifestados, por injustos que resulten en nuestro contexto, son los establecidos legalmente y aprobados conscientemente por la comunidad en el pacto social que se firma al aceptar ser parte de este orden, es decir, convertirse en un ciudadano que sigue los lineamientos establecidos por el gobierno o el *Partido* en el caso de *Oceanía*. La injusticia no tiene validez en un esquema donde tales medidas son conscientemente aceptadas en el contrato social.

Así, mantenemos entonces hasta este punto la idea de equilibrio y justicia con que se cerró el II capítulo. Pasaremos ahora a analizarla con más detalle desde un ángulo complementario.

4.1.2 Giro de la justicia

En la sociedad rawlsiana las fisuras sociales surgen como producto del choque de cosmovisiones entre sujetos inmersos en la pluralidad. Es decir, una *persona política* o un

grupo de ellas que revelan una falencia en el engranaje social y la exponen de manera pacífica ante el Estado. En contraste, el punto álgido de cada distopía está determinado por la inconformidad de un adepto y su consecuente intento por cambiar el orden social según su sentido propio del bien se lo indica.

Una de las prioridades de las sociedades distópicas es el control hacia tal diversidad, la vigilancia psicológica establecida en cada narración garantiza el cumplimiento del orden. Sin embargo, en todas se llega al punto en que sus protagonistas son impulsados a rasgar el velo y observar más allá de la represión disfrazada de libertad, y la sociedad Orwelliana no está exenta de este orden de sucesos.

La capacidad de los ciudadanos en cuanto a tener un sentido de la justicia se modela dentro del procedimiento mismo mediante características como la condición razonable de simetría (o equidad) en que sus representantes estén situados, y mediante los límites sobre la información expresados por el velo de la ignorancia (Rawls, 2002, 113).

Para Rawls, el ciudadano ideal se dignifica en la medida que decide sobre sus ideas del bien en perspectiva de los requerimientos de la justicia pública. (Obando, 2010, 85), de este modo su moralidad radica en su nivel de compromiso con el sistema en el que está inmerso. Siguiendo estos planteamientos, si bien Winston actúa conforme a sus ideales de lo que considera bueno y justo, personifica el *outsider* al ejercitar un sentido de justicia alternativo al establecido y por tanto perseguir sus principios particulares sobre los de su comunidad; desechando así todo compromiso adquirido en el orden contractual, compromiso que en este caso es vital para el adormecimiento de las masas.

En la definición de los rasgos distintivos del tipo de persona requerido para el funcionamiento de una sociedad estable, Rawls asume que las personas concretas po-

seen un sentido de justicia que ejercitan y unas ideas de bien que persiguen hasta su realización (Obando, 2010, 85).

Este movimiento individual, sin embargo es en Winston un paso en búsqueda de la estabilidad social, su meta es dismantelar los oscuros propósitos del *Partido* como una acción que busca recuperar la sensatez robada y necesaria para una vida armónica en comunidad. Efectivamente, Winston se moviliza hacia su dignificación, al decidir sobre sus ideas del bien por encima del orden social que le agobia. Es entonces cuando se empieza a perfilar su capacidad de disidencia.

El protagonista de *1984* comienza a sufrir confusiones respecto a lo que considera justo o correcto, pues su ideal de justicia no se ajusta al públicamente aceptado por los miembros y seguidores del *Partido*. Finalmente, la perspectiva íntima logra dirigir sus actos en contra de lo establecido por la *cultura pública* en la que está inmerso; al menos en un principio, antes de que el peso del *Partido* logre deformar de nuevo su visión de justicia.

Establecido entonces, el papel de Winston como *persona política* inmersa en una *cultura pública* como la concibe Rawls, pasaremos a analizar su disidencia. El marco político propicio para la *desobediencia civil*, según el filósofo, es una sociedad considerada como justa, pero proclive a cometer injusticias, inmerso en ella, el disidente se presenta entonces en su manifestación pública, no violenta y política (Rawls, 1978, 332). El desertor debe seguir las normas sociales establecidas si busca apelar a un cambio en las mismas. “La desobediencia en Rawls es un mecanismo de excepción con el que cuentan las minorías para defenderse de una mayoría que promulga leyes que les perjudica y no quiere hacer caso a sus reclamos y exigencias” (Mejía, 2010, 145). De este modo se hace un llamado

masivo a favor de un cambio social, generalmente motivado por una violación al principio de libertad.

A este respecto hallamos en Winston una revolución íntima, este personaje no busca en una primera instancia mover masas, en gran medida por el temor a ser marginado, la minoría de la que habla Rawls, se reduce a su más mínima expresión: él solo. A lo largo de la novela asistimos a largas cavilaciones del protagonista en torno a lo bueno y lo justo, pero nunca lo hace públicamente ni se logra aliar con un grupo mayor. Winston se hace consciente de la manipulación mediática y la violación a la privacidad de la sociedad en la que se halla inmerso; pero nunca lo manifiesta públicamente, pues *Oceanía*, a pesar de considerarse una sociedad justa y libre, es demasiado coercitiva como para aceptar tales inclinaciones.

Es precisamente en esta característica de la manifestación de Winston que nuestra lectura desde la filosofía política da un vuelco, por dos razones: en primera instancia Rawls determina que una sociedad que cierra sus posibilidades de reflexión, autoevaluación y cambio, es una sociedad tácitamente injusta. En segundo lugar, el filósofo plantea también su visión de desobediencia civil como un movimiento necesariamente público y abierto.

Otro punto es que la desobediencia civil es un acto público. No sólo se dirige a principios públicos, sino que se comete en público. Se da a conocer abiertamente y con el aviso necesario, y no es encubierto o secreto. Podemos compararla a un discurso público, y, siendo una forma de petición, una expresión de convicción política profunda y consciente, tiene lugar en el foro público (Rawls, 2004, 333).

Respecto al primer punto, *Oceanía* niega desde su formación estatal la posibilidad de error y cambio, es decir contrario a la idea rawlsiana, *Oceanía* no se permite escuchar la opinión de sus ciudadanos a favor de mejorar los aspectos desfavorables de su ejercicio

social; por el contrario, los cohíbe de hacerlo y quien se atreve a señalar el modo de gobernar del *Partido* es fustigado y eliminado.

Siempre era de noche: las detenciones ocurrían invariablemente de noche. La sacudida que te arrancaba del sueño, la mano áspera que te sacudía el hombro, las luces que te cegaban los ojos, el círculo de rostros implacables en torno a la cama. En la mayoría de los casos no había juicio ni informe sobre la detención. La gente desaparecía sin más y siempre de noche. Tu nombre se eliminaba de los archivos, borraban hasta la última referencia a cualquier cosa que hubieras hecho, tu antigua existencia se negaba y luego caía en el olvido. Eras abolido, aniquilado: <<vaporizado>> era la palabra que usaban (Orwell, 2015, 24).

Por la misma razón, la caracterización de Winston en la novela es la de un personaje reprimido y temeroso, su perfil sería muy diferente de permitirse la libre opinión. En consecuencia, se desarrolla el segundo aspecto de las disonancias halladas entre Rawls y la diégesis: Winston no hace pública su manifestación, contenido por el temor que le inspira saberse reaccionario. Toda la novela asistimos a actos secretos del protagonista, desde la escritura de su diario hasta los encuentros con Julia, que de alguna manera también son un grito de rebelión. Sólo en el momento de sentirse respaldado por esta y por O'Brien, se empieza a posibilitar su plausible declaración abierta, sin embargo tal impulso es pronto coartado.

El proceso de disidencia en Winston entonces, parte de un sentido íntimo de la justicia, habiéndose desligado previamente del consenso general impuesto por el *Partido*. En el modelo social rawlsiano, esta alteridad es completamente válida en tanto promueve reajustes necesarios en la composición estatal.

De este modo, Winston encarna el ciudadano autónomo al que Rawls apela en su *Liberalismo político*, en la medida que tal autonomía se manifiesta en el ejercicio de su

capacidad para formar, revisar y aspirar a una concepción del bien, y en la capacidad de deliberar de acuerdo con esta concepción (Rawls, 1993, 87). Sin embargo, en 1984, tales manifestaciones de inconformidad son censuradas y castigadas, es decir, llegados a este punto, *Oceanía* no cuenta con un sistema justo - desde la perspectiva de Rawls - al imposibilitar aperturas al cambio.

A pesar de que, como se estipuló en el II capítulo de este estudio, el régimen orwelliano comulgue con la justicia del filósofo en función de la estructura social, tal compatibilidad sólo es válida mientras no haya una situación de disidencia; pues dado el caso, *Oceanía* se queda corta ante el ejercicio de justicia defendido por el filósofo, al considerarse un Estado infalible frente al cual ningún ciudadano puede disentir. Si bien anteriormente *Oceanía* se ha adaptado a las nociones de justicia rawlsianas, tal como se hizo con Hobbes, se debe entender el análisis hecho dentro del marco de las particularidades de la novela estudiadas en cada capítulo de los precedentes.

Es decir, al introducir la figura del rebelde o disidente de la manera coercitiva en que lo hace la novela, se revela un fallo en la teoría rawlsiana que aquí se ha aplicado; esto poco tiene que ver con el ángulo de visión que tome el lector o el desequilibrio entre los ideales de Winston y el Estado. Es inválido entonces, asegurar que al Winston hallar tal falla, la injusticia prevalece sólo desde su mirada y no desde la óptica de los demás ciudadanos. En este sentido no cabe una subjetividad de la justicia, pues desde cualquier punto de vista de los actores de la novela y siguiendo a Rawls, a pesar de que se cumpla lo estudiado en el II capítulo, el régimen se transforma en uno injusto al negar la posibilidad de cambio cuando un ciudadano lo sugiere; y esa verdad no depende de quién la mire, pues si

bien un adepto al *Partido* puede considerarla justa, su concepción es errada desde el filósofo.

4.2 Desobediencia o rechazo de conciencia

A pesar de lo concluido en el anterior apartado -que la manifestación de Winston no llegue a realizarse de la manera más rawlsiana-, no por ello se puede negar la clara intención de disidencia del protagonista. En búsqueda de una definición filosófico-política para la disidencia de Smith, se analizarán ahora las características de la misma apoyados además de Rawls, en la visión de Thoreau.

4.2.1 Definición y posibilidades de desobediencia en Rawls

En la sociedad ideal rawlsiana, los gobernantes deben velar por la aceptación y conformidad de los ciudadanos, eliminando cualquier posibilidad de anarquía; pues mientras todos confluyan en la misma concepción de justicia, el orden debe reinar. Cuando este consenso generalizado de lo justo encuentra un bache en uno de los miembros de la comunidad – y después de una consciente reflexión del mismo -, tiene lugar el reclamo público manifestado como desobediencia civil. “En tanto no se crea esto, sino que se piense que ciertas formas de desobediencia, por ejemplo, actos de desobediencia civil, u objeciones de conciencia, son medios necesarios y razonables para corregir los programas políticos trazados” (Rawls, 2004, 275). Sin embargo, para Rawls, este elemento de confrontación no es necesariamente negativo, de hecho, lo considera necesario en una sociedad que se auto pro-

clama plural o abierta, en la medida que permite la reflexión auto evaluativa y sus consecuentes reajustes para el bien común, fortaleciendo así la estabilidad política.

La resistencia, para Rawls, está justificada si el ciudadano inconforme ha apelado a la justicia en primera instancia sin violar la ley y su demanda ha sido ignorada o acallada sin alcanzar satisfacción. Entonces, se presenta un abuso del poder al usar la coerción y hacer oídos sordos ante el llamado a la justicia hecho por el ciudadano.

Hay una última condición para la desobediencia civil: podemos suponer que los llamados a la mayoría política se han hecho de buena fe y han fracasado. No han servido los medios legales de reparación. Así, por ejemplo, los partidos políticos existentes se han mostrado indiferentes a las demandas de la minoría o se han mostrado renuentes a atenderlos. Se han desdeñado los intentos de revocar las leyes, y las protestas y manifestaciones legales han sido vanas. Como la desobediencia civil es un último recurso, debemos estar seguros de que es necesaria (Rawls, 2004, 339).

Partiendo de esta base política planteada por Rawls, en la que propone una sociedad mayormente justa y abierta a la posibilidad de cambio al ser consciente de sus falencias gracias a la protesta pública; al contrastarla con *Oceanía*, hallamos todo lo contrario. Así, ante la negación al cambio, nos encontramos con una sociedad evidentemente injusta y represiva, aún cuando sus habitantes creen firmemente en la idea de ser protegidos por ella y recibir una distribución justa de beneficios. Mientras esta creencia prevalezca, no se puede hablar de injusticia social en 1984, pues el orden planteado resulta satisfactorio para todos los implicados; es sólo en el momento en que Winston despierta su conciencia social cuando se perfila una posibilidad de injusticia, sin embargo, esta nunca logra mayores alcances al ser una concepción privada del protagonista.

Así, se podría fácilmente asumir que la injusticia es válida en el fuero interno de Winston, más no en el contexto general en el que se halla inmerso. Sin embargo, al estudiar a Rawls entendemos que una lectura imparcial de la novela desde la teoría del filósofo desmiente tal idea: Incluso si Winston, Goldstein, Julia o cualquier otro ciudadano no revelase su inconformidad, la injusticia prevalece desde la negación al cambio, independientemente de la toma de conciencia que pueda ejercer un individuo inmerso en tal contexto.

El orden de *Oceanía* (estudiado en el II capítulo) visto de manera superficial o idílica, cuando todo marcha aparentemente bien, responde a la idea de justicia rawlsiana; no por eso es menos cierto que al imposibilitar la reflexión crítica o disidencia de los ciudadanos, inmediatamente el Estado cae en la injusticia. Se apele o no al negado derecho de inconformidad – de acuerdo con Rawls –, la hasta entonces justa *Oceanía* se transforma en lo contrario, aún si ningún ciudadano llega a percibirlo.

A partir de la mole de injusticias acumuladas, que sólo Winston y Julia saben ver, y sumada esta última, Smith reúne el valor necesario para demostrar su inconformidad aunque pocos lleguen a saberlo. Sabe que por más que lo desee, el revelarse abiertamente en contra del sistema – como lo aprobaría Rawls – es un acto suicida en *Oceanía*. Entonces apela a hechos sencillos e íntimos que logran liberar sus frustraciones, ante la imposibilidad de originar un cambio.

“Podemos compararla a un discurso público, y, siendo una forma de petición, una expresión de convicción política profunda y consciente, tiene lugar en el foro público” (Rawls, 2004, 333). Probablemente el deseo de Winston fuese el de ejercer su oposición de esta manera, pacífica y abierta, sin embargo las condiciones de su realidad social no contrastan con los ideales de Rawls. Así entonces, no se puede determinar que el acto político de

Winston sea del todo congruente con las formas de desobediencia civil propuestas por el filósofo.

4.2.2 Rechazo de conciencia

En su *Teoría de la justicia* (1971), John Rawls además de delimitar los alcances de la desobediencia civil como él la concibe, compara esta con la forma de disidencia más individual propuesta por Henry David Thoreau en su famosa obra *Desobediencia civil* (1848). Frente a ella, Rawls guarda la distancia de lo que implica el acto público y la considera válida bajo ciertas circunstancias, es decir, en las situaciones en las que el individuo sabe que no será productiva una manifestación abierta.

Así, Rawls define la línea marcada por Thoreau como “rechazo de conciencia”, pues se trata entonces de una objeción íntima que no involucra movimientos sociales y tiende hacia la desaprobación de una ley haciendo caso omiso de la misma; es decir, una resistencia con un sentido mucho más restringido que el de la desobediencia civil pública.

Aunque he distinguido la desobediencia civil del rechazo de conciencia, he de explicar esta última noción. Ha de reconocerse, sin embargo, que separar estas dos ideas es dar una definición más restringida que la tradicional de la desobediencia civil, ya que es costumbre considerar la desobediencia civil en un sentido más amplio que el de cualquier desobediencia a la ley por razones conscientes, al menos cuando no es encubierta ni presupone el uso de la fuerza. El ensayo de Thoreau es característico del significado tradicional, si no definitivo (...) El rechazo de conciencia consiste en desobedecer un mandato legislativo más o menos directo, o una orden administrativa (Rawls, 2004, 335).

La disidencia a la manera thoreausiana, es definida por Rawls como rechazo en tanto se desacata una orden gubernamental, bajo argumentos que apelan a la integridad de

conciencia para el sujeto. Ejemplo de ello es la resolución que el mismo Thoreau toma frente al pago inusitado de impuestos que considera injustos, este hecho marcará la base de su tratado sobre la desobediencia civil, escrito con el fin de avalar las objeciones racionales de un ciudadano como respuesta a las medidas abusivas comúnmente impuestas por el Estado; pues de hacerlo, considera Thoreau, el individuo se convierte en agente de una la injusticia.

Este movimiento, puede llevarse a cabo públicamente, como Thoreau lo hace en su práctica, o guardar en secreto, como lo hace Winston en 1984, en tal caso la resistencia toma un matiz de evasión y sin embargo no pierde su sentido ni su validez para ambos pensadores.

A cerca de las diferencias entre la desobediencia civil y el rechazo o evasión de conciencia, Rawls determina que

El rechazo de conciencia no es una forma de apelar al sentido de justicia de la mayoría (...) Nos negamos, simplemente, por motivos de conciencia, a obedecer una orden o cumplir un precepto legal. No invocamos las convicciones de la comunidad y, en este sentido, el rechazo consciente no consiste en una actuación ante el foro público (Rawls, 2004, 336).

Así, entendemos desde Rawls la objeción thoreausiana en sus circunstancias íntimas, basando su ocultamiento en la brecha que separa el “sentido de la justicia de la mayoría” de los conceptos personales alrededor de la misma. Este aspecto se complementa con lo analizado anteriormente a cerca de los dos poderes morales que dignifican a un ciudadano en la teoría rawlsiana; pues ambas líneas de pensamientos siguen un sentido íntimo de la justicia que difiere del comúnmente aceptado, y es finalmente el motor que impulsa la disidencia para ambos filósofos.

Conociendo tal distancia, constituiría un sinsentido y un esfuerzo vano el tratar de involucrar a la comunidad o apelar a su sentido de la justicia, pues se sabe de antemano que

este no será compatible con las convicciones del disidente. Por tanto, la manifestación pública no tiene cabida en una situación perfilada por la abulia y la coerción, como es el caso que se presenta ante Winston, y ante ello sólo queda el rechazo íntimo de conciencia como única forma de resistencia y como nuestro protagonista lo dice, de mantener la cordura.

Aquellos que se niegan a obedecer reconocen que puede no haber base para una comprensión mutua; no recurren a la desobediencia como medio de exponer su causa; antes bien, administran su tiempo, esperando que no se produzca la necesidad de desobedecer. Son menos optimistas que los que llevan a cabo la desobediencia civil, y no abrigan esperanza de que las leyes o las políticas cambien (Rawls, 2004, 336).

La anterior cita retrata verazmente la situación de Smith dentro de la narración, y justificaría desde Rawls la decantación del mismo hacia una objeción de conciencia de estructura thoreausiana. Winston conoce de primera mano el rechazo social que se manifestaría frente a su moción por la justicia, pues como ciudadano y miembro del *Partido* sabe que su rebelión será acallada. Por ello, tal como lo expone Rawls, no opta por la abierta desobediencia dada la ausencia de una comprensión mutua que sustente y evalúe su posición. Por el contrario, en medio de su rechazo de conciencia ejerce una oposición personal hacia los métodos avalados por el *Partido*, y que él sabe nocivos: se niega a usar el doble-piensa y la neolengua, se posibilita la escritura como acto de insurrección, comete actos lejos del alcance de las telepantallas y lo más importante, busca la verdad. Todo ello conforma el rechazo consciente que Winston decide practicar en vista de la imposibilidad de una desobediencia pública.

“La desobediencia civil es el llamado a una concepción de la justicia comúnmente compartida, mientras que el rechazo tiene otras bases (...) podemos negarnos a obedecer

una ley suponiendo que es tan injusta que obedecerla es imposible” (Rawls, 2004, 336). De esta manera, el filósofo destaca el necesario ejercicio del rechazo consciente por encima de la desobediencia civil, en los casos en que esta resulta inútil; es decir, cuando no existe una noción común de justicia o esta difiere totalmente de la del disidente, tal como sucede con las convicciones del pueblo y las de Winston. En esa situación, la desobediencia civil se tornaría en un sinsentido que no lograría ninguno de sus propósitos. Es entonces, cuando la objeción o rechazo de conciencia thoreausiano tiene cabida como producto del desacuerdo racional del desertor, y así lo ejerce nuestro protagonista.

Quedan sentadas pues, las nociones teóricas bajo las cuales se sustenta aquí la aseveración de que las manifestaciones de inconformidad de Winston en 1984, a pesar de dar la impresión de pertenecer a la desobediencia civil, se identifica en mayor medida con el rechazo de conciencia concebido por Thoreau. Sin embargo, hasta este punto sólo se ha estudiado al pensador desde la visión rawlsiana; en el siguiente y último apartado se ahondará en su filosofía y obra con el fin de concluir el contraste desarrollado frente a 1984.

4.2.3 Disidencia thoreausiana

En su obra *Desobediencia civil* (1848) Thoreau expone una justificación para la disidencia, en tanto esta sea producto de una inconformidad del individuo, quien viendo sus obligaciones sociales apartadas de la idea del bien y del deber que profesa, decide hacer caso omiso a lo que el Estado espera de él.

Ya hemos estudiado anteriormente desde Rawls, la concepción de la justicia y los poderes morales con que cuenta un ciudadano para defender su posición frente a lo correc-

to. Es esta la misma base que sienta Thoreau como punto de partida del rechazo de conciencia. Como consecuencia, se viola o desacata la ley en cuestión como una manifestación de desacuerdo o una denuncia de injusticia. En su forma más idealista, se esperaría el levantamiento de un diálogo y su posterior negociación, con el fin de equilibrar ambas partes del desequilibrio: el disidente y el Estado.

Sin embargo, se tiene en cuenta que tal solución utópica pocas veces sucede, o sucede a medias; así entonces, Thoreau asume desde el inicio de su propia manifestación (en contra de los impuestos) que los únicos resultados que obtendrá será la reclusión y el señalamiento. A pesar de ello, el filósofo defiende sus ideales y más adelante los lleva a su obra, a favor del derecho de objeción de conciencia, como dignificación del ciudadano. La objeción de conciencia para Thoreau es la más clara reafirmación como ciudadano de su época.

El filósofo parte del sometimiento de conciencia desde el que el pueblo sirve al Estado, hecho que convierte a los ciudadanos en seres abúlicos e inertes, una masa con la cual se puede hacer lo que se desee, una multitud sin voz ni razón:

La mayoría de los hombres sirven así al Estado no como hombres, sino como máquinas, con sus cuerpos. Conforman el ejército constituido y la milicia, son los carceleros, la policía, los ayudantes del sheriff, etc. En gran parte de los casos, no ejercen con libertad ni su capacidad de juicio ni su sentido moral, sino que se rebajan a la condición de la madera, la tierra, las piedras (Thoreau, 2012, 21).

Es importante la mención que el autor hace a la “capacidad de juicio” y al “sentido moral”, pues tales características resultan ser vitales para él, al constituir la base de la conciencia individual. Frente a ello cabe recordar las nociones rawlsianas a cerca del sentido íntimo de la justicia y su consecución a través de la desobediencia. Esta vez, Thoreau nos expone la contraparte de lo visto en Rawls, la vacuidad de objetivos morales y la falta de

autonomía en la parte de la población que nunca llega a despertar una visión crítica; siendo precisamente los mismos que ante la disidencia se opongan al rebelde casi por instinto, pues han sido acondicionados para hacerlo, más no siguen una idea propia del bien, sólo repiten lo que se les ha instruido en las instituciones sociales.

Esa masa inerte a la que hace referencia Thoreau, es fácilmente identificable en 1984, pues comprende el grueso de la comunidad, haciendo las únicas excepciones con el protagonista y su amante.

Al parecer había habido manifestaciones para agradecer al *Hermano Mayor* que aumentara la ración de chocolate a veinte gramos por semana. Y eso que un día antes, recordó, habían anunciado que la ración se reduciría a veinte gramos por semana. ¿Sería posible que se lo tragaran al cabo de sólo veinticuatro horas? Pues sí, Parsons se lo tragó sin más con la estupidez de un animal. La criatura sin ojos de la otra mesa se lo tragó fanática y apasionadamente, con un furioso deseo de desenmascarar, denunciar y vaporizar a cualquiera que pudiera insinuar que la semana anterior la ración había sido de treinta gramos (Orwell, 2015, 67).

Como se comprueba en la anterior cita de la novela, la comunidad adquiere los matices que Thoreau reserva para los hombres que no ejercen su capacidad de juicio ni su sentido moral: máquinas, objetos inanimados, volubles, volátiles, maleables, manipulables, excitables. A pesar de que el filósofo hace especial mención a la milicia y en general a los brazos del Estado, en la novela esta caracterización se extiende hacia la totalidad de la población (sin contar la minoría de Winston, Julia y los *proles*), pues como se ha dicho en capítulos anteriores, todos los ciudadanos de *Oceanía* adquieren el rol de ser espías y delatores de sí mismos, conforman su propio cuerpo de vigilancia y castigo, tal como Thoreau lo concibe con una parte de la población, esta vez, de manera totalizada.

Más adelante afirma que:

Unos pocos —como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en el verdadero sentido y los hombres— sirven al Estado además con sus conciencias, y por ello le oponen resistencia las más de las veces, por lo cual se les suele dar un trato de enemigos (Thoreau, 2012, 21-22).

Esta muestra excepcional de la población, se encuentra en 1984 encarnada inicialmente por *La hermandad*, agrupación de existencia incierta, así como por Julia y Winston; y tal como lo percibe Thoreau, el valerse de su conciencia frente a los abusos del poder, les costará la persecución y los atroces tormentos a los que serán sometidos a manos del *Ministerio del Amor*.

Sus intenciones revolucionarias no permiten más resultado que la emboscada en la que caerán para reformar el “fallo” en el que se han convertido, es decir, personas por fuera de las conductas necesarias para que el engranaje social implementado por el *Partido* funcione correctamente. Enemigos de *Oceanía* a pesar de que su motivación fuese la liberación de la misma. Sus actos apuntan hacia una visión de la justicia incompatible con la públicamente aceptada, así lo firma el filósofo respecto al disidente: “la acción que surge de los principios, de la percepción y ejecución de lo justo, transforma las cosas y las relaciones. Es esencialmente revolucionaria y no siempre resulta compatible con lo establecido” (Thoreau, 2012, 29).

Bajo la estructura aquí examinada de la desobediencia rawlsiana y la objeción thoreausiana, podemos determinar que si bien el acto disidente de Winston Smith comparte las bases estipuladas por Rawls en cuanto a la consecución de los ideales del bien y la justicia, su forma de manifestarse se encamina más hacia lo avalado por Thoreau, en tanto se trata

de un rechazo de conciencia por medio de la omisión de actos políticamente correctos; pues la expresión pública de su desacuerdo como lo sugiere Rawls, resulta inviable en medio de la sociedad a la que pertenece el protagonista de esta distopía.

Thoreau considera también las dudas que puede tener un ciudadano que desea un cambio social pero teme que ante su reclamo, la coerción sea la única respuesta. Ante ello el individuo decide abstenerse de las manifestaciones públicas (cómo sugiere hacerlo Rawls), y se decanta por la objeción de conciencia privada, tal como lo ejerce Winston en 1984. Tales temores y funestas consecuencias son para Thoreau obra del Estado y así lo argumenta:

Creen que, si oponen resistencia, el remedio será peor que la enfermedad. Pero es culpa del propio gobierno si el remedio es peor que la enfermedad. Es él quien lo hace peor. ¿Por qué no está más dispuesto a anticipar la reforma? ¿Por qué no tiene en consideración a su minoría sabia? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no alienta a sus ciudadanos a que analicen sus faltas, a hacer las cosas mejor de lo que él podría hacerlo? (Thoreau, 2012, 30).

En el caso de la novela analizada, la respuesta a todos los interrogantes del anterior fragmento se encuentran en el temor que el pueblo inspiraría para el *Partido* al desvelar su conciencia y levantar su voz. El *Partido* vive del miedo del pueblo, se alimenta de sus inseguridades, de su necesidad de protección, de su incertidumbre frente a la guerra, de la debilidad que implica su fragmentación, de su desconfianza; además, del odio como combustible que da fortaleza a la maquinaria del Estado. Si la comunidad se levantase críticamente y tuviese un pequeño grado de la lógica y lucidez de Winston, sería el fin del *Partido*, en pocos segundos no quedaría una telepantalla en *Oceanía*, tan sólo si la misma ira que se encausa hacia los pares, fuese desviada hacia el verdadero foco de odio.

Si este año mil ciudadanos dejaran de pagar sus impuestos, esa medida no sería ni violenta ni cruel, como sí lo sería que los paguen, ya que de este modo dan su consentimiento para que el Estado cometa actos de violencia y derrame sangre inocente. Esta es, de hecho, la definición de una revolución pacífica (...) Cuando el súbdito retira su lealtad y el funcionario renuncia a su puesto, la revolución se ha conseguido (Thoreau, 2012, 34-35).

Por último, vale la pena reflexionar sobre este extracto del autor, en que apela a la normalización de la toma de conciencia, apartándola del concepto en el que reposa esta, aún hoy en regímenes abusivos: como lo extravagante, lo extraño, lo inusual. El ejercicio de la conciencia y de las nociones propias de justicia y bien, representan una alteridad que amenaza con derrumbar los constructos falaces de la corrupción.

Una vez analizados los elementos de este estudio, es importante pensarse la realidad como inspiración de una narración para algunos caótica pero no muy alejada del contexto de muchos lectores. Es por ello que el desglose de la obra desde la filosofía política puede aportar elementos clave para el análisis del momento político y social que vive el lector, tal como en su momento lo hizo Orwell a través de la creación de su impactante distopía.

Conclusiones

Como resultado del estudio realizado en los anteriores capítulos de la presente monografía, y siguiendo el mismo orden, puedo concluir que: una distopía no es equivalente a una anti-utopía, pues este último concepto hace referencia a una narración que expone un orden social indeseable en sí mismo, es decir, genera rechazo en los habitantes de su diégesis al constituir una realidad opuesta a la ideal, es decir, anti-utópica. Por su parte, la literatura distópica si bien expone una constitución social ajena a los ideales del lector, debe ser leída desde la óptica de sus personajes y su sentido de la justicia y el bien. Estos, por lo general suelen coincidir con lo estipulado por el gobierno regente, y creen en ello como el mejor orden posible. Así, el orden social en el que se hallan inscritos, configura para sus habitantes una realidad utópica o plena.

Bajo tales razones sostengo mi negativa hacia el término anti-utopía con el que se suele asimilar el género distópico, pues desde el sentido etimológico del prefijo “dis” se establece una oposición, pero esta no resulta contraria a la utopía; la disyuntiva recae sobre el punto de vista del espectador y el desertor en la narración. Siendo sólo para ellos insatisfactorio el orden propuesto, frente a la percepción de equilibrio que expresa la población presentada. Es por ello que *1984* es una novela escrita en clave distópica y no guarda relación con la definición del género propuesta por Stuart Mill; pues los personajes implicados en la narración de Orwell expresan conformidad con el orden social establecido y es sólo desde Winston y desde el lector que se puede perfilar el aspecto anti utópico de la obra.

Siguiendo tal lógica, se analizaron las formas de la justicia en la novela, atendiendo la cosmovisión de la mayoría implícita en ella. Tal contraste determinó que la distopía orwelliana no es ajena a la concepción de justicia generalizada, a pesar de parecer ilógico ante

el lector. Por ello se analizó su formación política a la luz de la *Teoría de la justicia* de John Rawls, arrojando como primer resultado una certera aplicación de los postulados del filósofo, es decir, la estructura bajo la cual se cimienta el Estado de *Oceanía* es justa de acuerdo con la visión de este, pues cumple a cabalidad los elementos básicos que Rawls propone para un gobierno equitativo y justo. Bien sabe el espectador de la obra, así como Winston, que tal equidad no es más que apariencia; sin embargo está tan bien conformada que logra dar la sensación de justicia para los ciudadanos, quienes han aceptado el contrato social formulado, como también avalan las instituciones sociales que regulan eficazmente la comunidad.

De esta manera el Estado de *Oceanía* parece contar con un orden justo según los elementos aportados por Rawls; sin embargo esta primera resolución no determina la justicia del conjunto de procedimientos políticos, pues para ello debe tenerse en cuenta la situación conflictiva que se estudia en la última parte de la monografía. Así, hasta este punto y a partir de la conformación del Estado, el régimen de la distopía orwelliana aparenta ser justo, más está aún en consideración.

Para determinar la totalidad de la justicia en aras de la disidencia, debe haber primero claridad respecto a las formas de poder llevadas a cabo en la novela. Este aspecto se leyó desde los ideales sociales planteados por Thomas Hobbes en su *Leviatán*, teoría bajo la cual se determinó que las herramientas de poder implementadas por el *Partido* buscan como máximo objetivo el control absoluto de la conciencia, y este se logra principalmente por medio de la modificación del lenguaje, la vigilancia constante y el método del doblepiensa, como elementos que permiten la ortodoxia perseguida por el régimen. Estos resultan congruentes con la concepción hobbesiana del poder, formando así un Leviatán particular, el

Partido con el Hermano Mayor a la cabeza y fragmentado en los diferentes Ministerios. Este proceso resulta exitoso gracias a la total confianza depositada en él por medio de la delegación de poderes, tal y como lo estipula Hobbes.

A partir de las anteriores consideraciones, puede delimitarse la noción de justicia desde Rawls y aplicarla a la novela teniendo en consideración la reacción del Estado frente a una situación conflictiva y más específicamente, en el contexto de la disidencia ejercida por uno de sus ciudadanos. Hallamos entonces como primer resultado del contraste entre la obra de Rawls y la distopía de Orwell, que esta niega desde su constitución la posibilidad al cambio, cerrando así la puerta hacia la reflexión política que podría inspirar alguno de los personajes que pertenecen al Estado de *Oceanía*. Siendo así, se niega la aparente justicia en la que se creía en capítulos anteriores, pues desde el filósofo es imposible considerar justicia en medio de un gobierno que no accede a ser evaluado por los ciudadanos.

Como resultado de ello, Winston Smith ejerce su manifestación disidente, que si bien en un principio podría ajustarse a la desobediencia civil defendida por Rawls, no deja de ser un movimiento secreto que se refleja mejor la concepción de “rechazo de conciencia” que postula Thoreau en su *Desobediencia civil*. Es así que la rebelión toma lugar en el momento en que Winston, en pos de su concepto personal del bien, advierte un desequilibrio dentro lo que Rawls denomina poderes morales pero su ejercicio de desacato es explícitamente thoreausiano al tomar conciencia de que la comodidad que le han ofrecido es una falacia y que los únicos que disfrutan de las ventajas son quienes manejan los hilos y mantienen la ceguera colectiva asegurada.

Referencias bibliográficas

- Iturralde, I. (2015). *Hobbes, la autoridad suprema del gran Leviatán*. Buenos Aires: EMSE.
- Martorrell, F. C. (2015). *TRANSFORMACIONES DE LA UTOPIA Y LA DISTOPIA EN LA POSTMODERNIDAD, Aspectos ontológicos, epistemológicos y políticos*. Universitat de Valencia.
- Orwell, G. (2015). *1984*. Bogotá: Editorial DeBolsillo.
- Martorrell, F. C. (2012). Notas sobre dominación y temporalidad en el contexto postmoderno a propósito de la distopía. *Astrolabio, revista internacional de filosofía* n.13.
- Orwell, G. (2012). *Rebelión en la granja*. Bogotá: Editorial Destino.
- Thoreau, H. D. (2012). *Desobediencia Civil*. México D.F.: Editorial Tumbona.
- Delfín Grueso, c. (2010). *John Rawls. Legado de un pensamiento*. Cali: Universidad del Valle.
- Obando, A. (2010). Persona política y el ciudadano moral. En C. Delfin Grueso, *John Rawls, Legado de un pensamiento*. (págs. 81-89). Cali: Universidad del Valle.
- Quintana, O. M. (2010). La tensión republicana en la teoría de John Rawls. En C. Delfín Grueso, *John Rawls, Legado de un pensamiento*. (págs. 141-167). Cali: Universidad del Valle.
- Rawls, J. (2006). *Teoría de la justicia*. México: Fondo de cultura económica.
- Hobbes, T. (1994). *El Leviatán*. México, D.F.: Fondo de cultura económica.
- Rawls, J. (1996). *Liberalismo Político*. México: FCE.
- Suvin, D. (1984). *Metamorfosis de la Ciencia Ficción*. México D.F.: FCE.
- Todorov, T. (1981). *Introducción a la literatura fantástica*,. México D.F.: Premia Editores.